

**“Nosotros no fuimos abusados”**

Un análisis de las relaciones sexuales consentidas entre muchachos y hombres.

David L. Riegel

Traducción de la publicación original

“We were NOT abused!”

SafeHaven Foundation Press

Philadelphia

Copyright © 2007 David L. Riegel

Riegel, David L. (1931 - )

Este libro está dedicado a Simon, a Tommy y Riley, a Dylan y a todos los muchachos del mundo, presentes y futuros, así como a la memoria de los doctores Frits Bernard y Vern Bullough, dos gigantes sobre cuyos hombros he tratado respetuosamente de elevarme.

## Índice

Capítulo 1: Absolutismo y demagogia .....	3
Capítulo 2. “Aquí debe haber dragones” .....	7
Capítulo 3: El enmarañado enigma del consentimiento .....	11
Capítulo 4: ¡Nosotros no fuimos abusados!.....	18
Capítulo 5: ¡Nosotros NO somos abusadores! .....	31
Capítulo 6: Locura mediática, mitología y pánico paidófilo .....	42
Capítulo 7. La sombra de Platón. ....	49
Capítulo 8: Rectificando nuestros errores .....	54
Referencias bibliográficas .....	57
Epílogo del autor .....	61

## CAPÍTULO 1: ABSOLUTISMO Y DEMAGOGIA

El absolutismo y la demagogia han atormentado a la humanidad desde tiempos inmemoriales. El etnocentrismo, la religión y otras muchas supersticiones se han servido de la ignorancia, el miedo y el odio xenófobo para crear falsedades dogmáticas e interesadas, mientras que un discurso demagógico ha codificado estas mentiras en leyes draconianas y represivas. A lo largo de la historia, y alrededor de todo el mundo, casi todas las minorías —y algunas mayorías— se han visto en alguna ocasión criminalizadas, si no demonizadas, por estas legislaciones y sus embustes. Han existido leyes de los romanos contra los no romanos, de los católicos contra los que no lo eran, de los cristianos contra los “infielos” musulmanes, de los musulmanes contra los “infielos” cristianos, de los nazis contra los judíos, de la civilización occidental contra los negros, asiáticos, homosexuales, etc. Pero todos estos fenómenos tiene entre sí algo en común: el hecho de que los progresos de la Ilustración han ido desvelando, de una u otra forma, el fraude, haciendo que la mayoría de esas leyes acabaran siendo justamente desechadas en el cubo de la basura de la historia.

Durante las últimas cuatro décadas el supuesto daño intrínseco atribuido a cualquier manifestación de la sexualidad infantil con personas adultas ha sido el blanco de este demagógico absolutismo. Pero consideremos las palabras del mundialmente renombrado Dr. Karl Menninger, uno de los fundadores de la clínica que lleva el nombre de su familia:

El horror con que algunos padres descubren el interés de sus hijos por las más diversas formas de juego y experimentación sexual es un reflejo de la ambivalencia de las actitudes adultas hacia la sexualidad, especialmente hacia la sexualidad de los propios hijos... La suposición es por supuesto que los niños se ven irremediadamente arruinados por estas experiencias. Hago notar que, a la fría luz de las investigaciones científicas, estos devastadores efectos no se dan habitualmente. Dos psiquiatras recientemente llevaron a cabo un cuidadoso estudio longitudinal de estos casos concluyendo que los niños expuestos a experiencias sexuales prematuras con adultos frecuentemente resultan que son niños “distinguidos e inusualmente poseedores de una personalidad manifiestamente encantadora y atractiva” (Bender y Blau, 1937). Las conclusiones a extraer de estas observaciones ... simplemente corroboran nuestro argumento de que la sexualidad no es esa cosa malvada y horrible que generalmente se piensa ... Cuando la experiencia realmente estimula al niño eróticamente, parece ser que, según las observaciones de los autores arriba citados, ello puede favorecer más que inhibir el desarrollo de capacidades sociales y de la salud mental en las denominadas víctimas. (Menninger, 1942, pp. 283-384)

Señalaré que, desde mi punto de vista, los contactos sexuales de los niños varones con niñas o con mujeres adultas son de una naturaleza completamente diferente y a mi entender exigen otro tipo de análisis. Además entiendo que los encuentros sexuales de niñas con sus iguales o con personas más mayores probablemente generan distintas reacciones y deben ser consideradas igualmente desde otra perspectiva. Por todo ello es preciso destacar que todos mis análisis estarán exclusivamente limitados a las relaciones

sexualmente expresadas entre muchachos<sup>1</sup> y hombres, interesándome de forma especial, y desde una postura claramente crítica, a las absolutistas afirmaciones de que éstas experiencias causan “un daño que es generalizado ..., que probablemente será intenso y que la experiencia de niños y niñas es equiparable.” (Rind, Tromovitch y Bauserman, 1998, p. 22). Además de la refutación de estas premisas que hacen Rind y sus colegas en ese trabajo, contamos, estudio tras estudio, década tras década, hasta llegar al menos hasta el estudio de Bender y Blau (1937) citado por Menninger y continuando hasta el presente, con innumerables trabajos y datos que han demostrado la debilidad empírica en que se basa esta hipótesis del “daño” y que, por el contrario, apuntan a la existencia demostrada de efectos benignos e incluso positivos en algunas de estas relaciones. Uno debe tener bien presente que la mayor parte de las investigaciones que refuerzan esas discutibles afirmaciones han sido desarrolladas en el contexto de una cultura misopédica que demoniza estas relaciones y que se esfuerza por lavar el cerebro de muchachos y adultos para acabar aceptando que la mentira del daño intrínseco es, de hecho, una verdad instituida.

Una de las bondades de la ciencia auténtica es su naturaleza autocorrectora. En el ámbito de las ciencias físicas más objetivas, los experimentos y las afirmaciones deben estar basadas en datos empíricos, mientras que su replicación debe ser posible y verificable por otros investigadores. Si esta replicación no es posible, una afirmación, como la de la fusión fría planteada por Pons y Fleischmann en 1989, será inmediatamente desaprobada por la corriente científica predominante en su respectivo ámbito; aunque, como sucede con la fusión fría, pueda ser defendida por una minoría marginal. Sin embargo, en el más subjetivo ámbito de las ciencias sociales, la recolección de los datos en toda investigación está inevitablemente sujeta a un amplio número de variables que incluyen la forma en que las preguntas son planteadas y el tipo de muestras de población utilizadas en el estudio. Esto implica que el proceso de replicación y verificación se convierte en algo mucho más difícil que en el caso, por ejemplo, de la repetición de un proceso químico consistente en añadir A a B y medir el cambio resultante en el pH. Por ello, a diferencia de lo que sucede en las ciencias físicas, las investigaciones en las ciencias sociales pueden verse seriamente comprometidas por las intenciones, los prejuicios y la metodología seguidas por el investigador. Así, una tarea central de la comunidad científica en estas disciplinas consiste en el análisis adecuado y pormenorizado de diversos aspectos como puedan ser la adecuación de los métodos empleados en una determinada investigación, la validez de la muestra empleada para extraer datos representativos, no viciados y útiles, o la clarificación de si los análisis y las conclusiones son lógicos y aplicables a los temas investigados.

Después de que el chivo expiatorio de la homosexualidad masculina fuera exculpado por la Asociación Americana de Psiquiatría y por la Asociación Americana de Psicología,

---

<sup>1</sup> Nota del traductor. En esta temática es evidentemente de gran importancia el modo en que se designa a los menores implicados en estas experiencias. Si bien ocasionalmente podemos utilizar términos como niño, chico o chaval, hemos optado por traducir el vocablo inglés “boy” del original por el término muchacho. Según la RAE, éste es 1. m. y f. Niño que no ha llegado a la adolescencia. 2. m. y f. Niño que mama. 3. m. y f. Mozo que sirve de criado. 4. m. y f. coloq. Persona que se halla en la mocedad. U. t. c. adj. Desafortunadamente el autor no hace ninguna aclaración sobre el criterio de edad en que se incluirían los muchachos a los que se refiere, aunque en algún punto dice que estarían incluidos aquellos hasta la mitad de la adolescencia aproximadamente.

un subsector de la comunidad “gay” —que por intereses políticos fue muy pronto reducida al silencio por parte de los recientemente engrandecidos activistas del movimiento gay— se convirtió en el nuevo chivo expiatorio en una bien dirigida *vendetta* que comenzó a emerger a finales de los años setenta. La “victimología”, y más específicamente la victimología sexual según es aplicada a los muchachos, se desarrolló en esos años no a partir de la ciencia social, sino de la ideología de unos pocos oportunistas. David Finkelhor (1979, 1981, 1984, etc.) fue uno de los creadores y principal proponente de este paradigma victimológico, así como un destacado progenitor de la lucrativa “industria del abuso sexual” que emergió para beneficiarse del tratamiento de estas “víctimas” (Dineen, 2000). Utilizando datos estadísticos que según algunos adolecen de una casi fatal parcialidad, Finkelhor estableció el principio absolutista de que los encuentros sexuales entre muchachos y hombres, consentidos o no, son invariable y universalmente nocivos. En otras palabras, si un muchacho vive uno de estos encuentros, se verá indiscutiblemente dañado y el único interrogante legítimo a plantear es al parecer ver en qué grado lo será.

La expansión de la victimología y su aceptación —a pesar de su falta de validez y base científica— por la comunidad académica y profesional, así como por el público, es difícil de entender excepto si tenemos en cuenta su demagógico recurso a la ya mencionada tríada de la ignorancia, el miedo y el odio. Consideremos un momento la valoración que hizo el Doctor John Money de esta disciplina:

La nueva especialidad de la victimología es una ciencia sólo en un sentido etimológico del término. En la práctica es un brazo de la sexosofía de la industria judicial y punitiva, no de la sexología, la ciencia del sexo y de la investigación sexual. Los victimólogos son de hecho la nueva policía científico-social. Hasta su aparición, los científicos sociales nunca habían contado con el prestigio de tener tanto poder sobre la vida de las personas. (Money, 1988, p. 9)

Las relaciones sexuales consentidas entre muchachos y hombres adultos han existido sin duda desde el amanecer de nuestra historia, habitualmente sin demasiados obstáculos y con escasas objeciones si no se hacían demasiado llamativas. Pero aparentemente la sociedad parece tener una fuerte necesidad de contar con algún “chivo expiatorio” y, dado que la homosexualidad adulta ha dejado de ser un objetivo legítimo para la persecución, la sexualidad de los muchachos, y más específicamente los encuentros sexuales con hombres adultos, ha sido crecientemente demonizada en una opresión maliciosa que, desafortunadamente, continúa vigente en la actualidad.

Ya he señalado que las relaciones con un componente sexual entre muchachos y hombres que son objeto de este estudio son siempre relaciones “consentidas” y es lógicamente preciso el destacar que el consentimiento de los muchachos para las relaciones sexuales es, en el mejor de los casos, una cuestión controvertida. Aunque será discutido con detalle en un capítulo posterior, en este libro el término general “consentidas” incluirá tanto aquellos casos donde hay un simple acuerdo sobre las actividades así como aquellas donde uno ofrece y el otro acepta. Nuestra cultura occidental, profundamente represiva en materia de sexualidad, enseña a los muchachos desde la infancia que no pueden, no deben y, en ningún caso y bajo ningún concepto, que

han de iniciar, acordar o consentir en algún juego sexual exploratorio con un hombre adulto. Esto va en realidad en contra de la intuición de los propios muchachos, básicamente curiosos sobre sus genitales y sobre las sensaciones que están descubriendo y que desean conocer mejor. Un hombre de más edad y con más experiencia es la persona más lógica a la que preguntar y de la que aprender. Esto hace pues que los muchachos entren en conflicto desde una edad muy temprana; aquellos que no sean propensos a cuestionar y a ser independientes, aceptarán estas admoniciones y prohibiciones como válidas, y por lo tanto acabarán rechazando toda oportunidad de explorar su sexualidad. En cualquier caso, los muchachos más brillantes e inquietos serán capaces de ir más allá de estas evidentes mentiras, ignorándolas y sorteándolas de una u otra forma, y entonces se producirá, de un modo u otro, un mutuo acuerdo con aquellos que ellos elijan.

Pero no todos los encuentros sexuales entre muchachos y hombres son consentidos. Del mismo modo que hay hombres heterosexuales que fuerzan a mujeres que no lo desean, hay hombres pedosexuales que, ya sea por represión, frustración o psicopatología, intentan seducir o bien obligar a los muchachos a aceptar sus intrusiones sexuales que pueden ir desde el tocamiento a la violación. Mientras que estos asaltos, claramente despreciables, son en realidad bastante raros, ellos dan forma a los titulares y son retratados por los medios como la “norma” de todos los hombres que se sienten sexualmente atraídos por muchachos. Tal y como veremos en próximos capítulos, estos es simplemente una mentira más.

John Mattick (2004), escribiendo sobre investigación genética, señala que “Las presuposiciones pueden ser peligrosas, especialmente en ciencia. Habitualmente empiezan como la más plausible y confortable interpretación de los hechos disponibles. Pero... las presuposiciones a menudo se convierten en artículos de fe y las nuevas observaciones son forzadas para adaptarse a ellas. Eventualmente, si el volumen de información problemática llega a ser insostenible, la ortodoxia puede colapsar.” (p. 61).

La “problemática información” que presento en este libro se suma al ya considerable volumen de datos disponibles en la literatura, haciendo que, ciertamente, la precaria ortodoxia de la victimología tenga que colapsar en un momento u otro. Con el objetivo de reemplazar esta depravada ortodoxia con una imagen más realista y certera de los efectos de las relaciones consentidas entre muchachos y hombres, así como de cara a restaurar la integridad y la credibilidad de las ciencias sociales en este ámbito, los investigadores deben emprender nuevas investigaciones, sólidas y no sesgadas, que incluyan a un amplio número de personas que realmente hayan vivido este tipo de experiencias. Dos de estas investigaciones serán presentadas en sendos capítulos de este libro.

## **CAPÍTULO 2. "AQUÍ DEBE HABER DRAGONES"**

### **Sobre la sexualidad de los muchachos**

Aunque las fronteras del conocimiento en el campo de la sexualidad humana han ido constantemente avanzando, el área de la sexualidad infantil todavía permanece en ese territorio situado en el límite de nuestros mapas mentales, aguardándonos con una leyenda que dice: "Aquí debe haber dragones". Al igual que sus ancestros de siglos pasados cuando se enfrentaron a las regiones inexploradas de la tierra con terror y fascinación, los adultos de hoy en día parecen temer aproximarse a las cuestiones de la sexualidad infantil y, por lo tanto, se muestran reacios a todo intento por explorar sus verdades (Constantine, 1981, p. 3).

Ha transcurrido un cuarto de siglo desde que Larry Constantine hiciera estas perspicaces observaciones, pero los dragones permanecen todavía entre nosotros y los cartógrafos de las ciencias sociales no han encontrado todavía el coraje o los métodos para explorar de forma racional y no sesgada en estas regiones. Incluso peor, los límites y contornos de la sexualidad infantil, y especialmente de la sexualidad de los chicos, se han visto tergiversados y malinterpretados por falsos mapas creados no gracias a cuidadosas observaciones de la ciencia empírica y la lógica racional, sino a partir del paradigma de la "victimología sexual" que emergió de forma súbita a finales de los años 70 y 80 (Finkelhor, 1981) a partir de inciertas referencias geográficas como son la ideología, la religión, la superstición, la agenda política, el activismo y los pánicos morales (Jenkins, 1998).

En el mundo real hay dos persistentes pero erróneas presunciones a propósito de la naturaleza sexual de los chicos. La primera es que hasta una cierta edad, arbitrariamente establecida, no tienen una sexualidad; la segunda es que las actitudes y experiencias sexuales de los muchachos pueden ser equiparadas a las de las chicas, un error que ha sido críticamente examinado por Rind et al (1998).

Cualquiera que haya tenido a su alrededor a un pequeño muchacho, razonablemente inteligente, comunicativo y desinhibido, sabe que a la edad de 4 ó 5 años ya se muestra manifiesta y activamente interesado en las funciones y sensaciones de sus genitales. En demasiados casos esta curiosidad es discretamente corregida por sus padres y otros adultos que todavía actúan bajo la errónea creencia de que un niño tan pequeño no puede, o al menos no debe, tener sentimientos o impulsos sexuales. En el peor de los casos el muchacho es amenazado o castigado por tener "malos" pensamientos e ideas; ocasionalmente esto puede incluso degenerar en brutales palizas.

Pero esto, que sólo genera miedo y desconfianza hacia aquellos que querrían avergonzar al muchacho, no cambia su naturaleza sexual. En la mayoría de los casos, más pronto o más tarde, el muchacho indagará en otras fuentes de información y experimentará ya sea solo, con sus iguales o quizás con un muchacho más mayor o con un hombre, buscando satisfacer su curiosidad y tratando de encontrar el placer y la gratificación. Si bien ésta es su auténtica naturaleza, durante siglos la mayoría de los chicos en las culturas occidentales han sido persuadidos, amenazados y castigados por participar en actividades normales como la masturbación y el "juego sexual" con otros niños. Y si el muchacho por

casualidad busca fuera del hogar y encuentra a un joven o a un adulto comprensivo y sensible que responda a sus preguntas y no rechace sus peticiones de exploración física, el actual clima social hará necesario que ambos mantengan al respecto un absoluto secretismo. De otro modo, ambos se verán probablemente enfrentados a la ira de los padres, la policía y la industria del abuso sexual.

Esto no significa que todos los chicos tengan el mismo interés o intensidad de deseo, o que esto se manifieste a la misma edad en todos los muchachos. Pero sí implica que ningún muchacho, de la edad que sea, debe ver negado su derecho a explorar y aprender sobre su cuerpo cualquiera que sea el grado que le convenga. Ni debería tampoco ver negado su derecho, con la condición de que no exista ningún daño real para él o para otros —en contraposición al daño imaginado o culturalmente inducido—, de poder elegir a aquellos de los que desee informarse o con los que desee “compartir” su cuerpo, todo ello sin temor a interferencias o recriminaciones. Pero esto requiere la presencia de un adulto poco común que tenga la sabiduría suficiente para darse cuenta de que reprimir el deseo del muchacho para investigar y explorar su sexualidad es negarle una parte esencial de sí mismo, y que esta represión probablemente acabará resultando en desconfianza y alienación. Mary Calderone (1979) señalaba:

Imagine, si le es posible, que usted experimenta algo de forma tan frecuente e intensa como real y presente, pero que al mismo tiempo la existencia de ese algo no es reconocido por ninguna de las personas que le rodean. O imagine esa experiencia personal, tan real e intensa, siendo objeto una y otra vez de severas y desconcertantes desaprobaciones y castigos. *¿Qué tipo de atormentado y silencioso infierno existencial es éste al que relegamos a nuestros niños desde sus primeros recuerdos? ¿Puede alguien ser capaz de vivir esta experiencia sin que se vea afectada su sexualidad?* (p. 6, Cursiva en el original)

Las niñas, por su propia naturaleza, viven la sexualidad de forma muy distinta, siendo para ellas básicamente una cuestión de permitir o de ofrecer sus cuerpos para ser penetrados y, cuando son suficientemente mayores, fecundados. Se trata de una invasión justificada en sus mentes únicamente por lo que ellas perciben como amor, compromiso y apoyo prometido. Las niñas están sociobiológicamente programadas para utilizar su sexualidad para capturar y controlar a los hombres, y existen infinitas historias de pequeñas muchachas utilizando cualquier truco de libro para atraer a pequeños muchachos para que participen en sus “juegos de casa”, para disfrutar de su “fiesta de té”, para empujar su carrito de muñecas, y de cualquier modo, para dar muestra, mucho antes de que haya una inclinación o actividad heterosexual por parte del muchacho, de que él puede ser “domesticado” y ser convertido en ese proveedor y protector, fiable y controlable que las niñas sienten que deben tener. Hay feministas que intentarán decir que los chicos jóvenes pueden y deben ser enseñados a pensar y actuar como chicas, pero estos no son sino los esfuerzos baldíos de una batalla perdida que trata de reemplazar cientos de miles de años de evolución sociobiológica con una década o dos de estupideces revisionistas.

Para los chicos, la sexualidad es de entrada sólo otra forma más de aventura entre muchas otras, una emocionante sensación para ser experimentada en cualquier formato y manera concebible. Un muchacho, si siente que algo le hace sentir bien, hará lo imposible hasta encontrar la forma, el momento y el lugar para disfrutar de ello, ya sea ir en bicicleta, jugar al béisbol, nadar o jugar al sexo. Si él no sabe con seguridad que un determinado acto es placentero pero piensa que puede serlo, nuevamente se dispondrá a buscar la forma, el momento y el lugar para probarlo, ya sea sólo, con sus iguales o, si se atreve, con un muchacho más mayor o con un hombre de su elección.

Es más, cuando un muchacho cruza el umbral de la pubertad y entra en el tumulto de la adolescencia, su sexualidad tiende a convertirse en su mayor preocupación. Este tema, que se sitúa entonces en la primera línea de sus pensamientos, es el único asunto que no va a poder discutir abierta y libremente con su familia o con otros adultos, dada la sexofobia imperante en la actualidad. Su fuente primaria de conocimiento práctico y real pasa a verse entonces limitada a unos cuantos de sus iguales, que no están mejor informados o experimentados que él. Tristemente, las perniciosas fobias sociales le niegan el privilegio de buscar y sincerarse con un chico más mayor o un hombre que pudieran, más informadamente, responder a sus preguntas y animarle en sus exploraciones; o incluso, si así lo deseara, disfrutar de esta experiencia con él. Pero la realidad implica que posiblemente acabe, de forma lamentable, abandonado en el mar de su inexperiencia, siéndole prohibido el buscar ayuda en las únicas personas en quienes podría confiar para que fueran su brújula y su mapa.

Cada generación de muchachos reinventa los mismos experimentos y proezas sexuales que sus hermanos mayores, padres y abuelos inventaron, intentaron y disfrutaron. El lado más absurdo de todo esto es que esos mismos hermanos mayores, padres y abuelos, habiendo sido lavado su cerebro durante años en conformidad con las normas y tabúes sociales, así como interiorizadas las fobias sexuales, acaban muy a menudo ignorando o tratando de negar que ellos nunca pensaron en estas cosas y mucho menos que participaron en ellas.

La mayoría de los muchachos querrán vivir sus experimentos sexuales y buscarán el placer y la gratificación con aquellos, entre sus iguales, chicos mayores o adultos, conocen bien y con los que se sienten cómodos y confiados. Pero hay otros muchachos, más aventureros y atrevidos, que tal vez deseen participar voluntariamente en placeres sexuales con extraños, o que bien lo hacen por frustración y por las dificultades que la sociedad impone a este tipo de relaciones. Algunos de estos muchachos incluso se ofrecen a sí mismos a cambio de dinero. Pero no hay razones convincentes para pensar que de forma invariable, o incluso habitual, se produce un daño emocional por cualquiera de esas aventuras, al menos en la medida en que éstas sean iniciadas y controladas por el muchacho mismo. El peligro proviene hoy en día, por supuesto, de las enfermedades de transmisión sexual, especialmente del SIDA. Luego la pregunta que debemos plantearnos es si no sería mejor eliminar la tentación, o el miedo y la aprehensión, que puede conducir a un chico a buscar esa intimidad sexual con un completo desconocido permitiéndole satisfacer sus deseos abiertamente con aquellos que conoce y en los que confía.

No hay evidencia que apoye la idea de que todos los chicos acaban resultando psicológicamente dañados de forma invariable por una experimentación sexual consentida con otros chicos y con hombres. Al contrario, varias publicaciones (e.g. Rind et al, 1998) demuestran que este daño es más bien infrecuente, en ocasiones hasta el extremo de ser inexistente. El trauma emocional puede ocurrir, y de hecho lo hace, cuando la coerción está presente y en los raros casos en que se produce un daño físico a raíz de algo como una penetración anal forzada. Pero la mayor parte de los daños emocionales y psicológicos que se producen no están originados en la relación *per se*, sino en la interferencia de terceros que sienten que deben crear una situación de perpetrador/víctima a partir de una relación perfectamente consentida y benigna.

La sociedad les haría un gran servicio a los menores si les librara de estas artificiales restricciones en su derecho a investigar y disfrutar en paz de su propia sexualidad, en sus propios términos y con la compañía de aquellos que ellos decidan. Es el momento de acabar con los grilletes “éticos”, “morales” y “religiosos” que, en materia de sexualidad, han mantenido encadenados a los muchachos durante tanto tiempo, permitiéndoles la libertad en este área que es un derecho fundamental. Los chicos necesitan sin duda de amor, comprensión y guía en áreas que ellos no pueden manejar por sí mismos, pero no de la represión y la negación de sus más elementales instintos y necesidades. El actual nivel de histeria a propósito de la sexualidad de los niños, y la resultante confusión, inseguridad y rebelión de aquellos chicos que la sociedad ha abandonado a su suerte, alejándoles de las manos de los chicos más mayores y de los hombres que podrían y querrían darles la compañía y la guía que ellos buscan y necesitan tan desesperadamente, es quizá uno de los factores más relevantes para explicar la rabia y el malestar que permea el mundo del varón adolescente (Prescott, 1975).

### CAPÍTULO 3: EL ENMARAÑADO ENIGMA DEL CONSENTIMIENTO

La cuestión de las habilidades y derechos de los niños y muchachos para rechazar o acceder a las relaciones sexuales ha acabado convirtiéndose en un batiburrillo de afirmaciones y refutaciones sobre un sinfín de elementos como son el desarrollo cognitivo, la información disponible, el daño, la moralidad occidental, etc. Un bando sostiene que los hombres en determinado rangos de edad, variables y arbitrarios, carecen de la necesaria habilidad cognitiva para tomar la decisión “apropiada” —tal y como es actualmente definida según ciertos criterios socialmente establecidos y en boga— sobre el ejercicio de su propia sexualidad. Otros afirman que los niños y muchachos no disponen de la información necesaria sobre la sexualidad en general para tomar esas decisiones —lo cual no deja de ser una acusación condenatoria que permite ocultar e impedir esa información. Algunos están convencidos —sin ninguna razón aparente— de que los menores se ven irreparablemente dañados por cualquier contacto sexual con otro hombre, especialmente si es un hombre adulto. Incluso los hay que apelan a una “moralidad” egocéntrica y etnocéntrica. Consideremos por ejemplo el absolutista pronunciamiento del destacado victimólogo David Spiegel: “Considero inconcebible que un niño [i.e. cualquiera por debajo de 18 años] pueda realmente consentir en una relación sexual con un adulto, y considero un ultraje moral proponer esta idea.” (2000, p. 66).

Por más de un siglo, la casi universal conducta de la masturbación en los muchachos fue condenada por los autoproclamados “expertos” como un acto de ignorancia y desinformación, así como algo nocivo e inmoral (Hare, 1962). Apenas han transcurrido algunas décadas desde que ese gran edificio del Onanismo colapsara, pero en estos momentos la mayoría de la gente informada ya considera que la masturbación no sólo es algo normal sino incluso beneficioso.

Si la auto-masturbación es ahora aceptable, ¿cómo debería ser vista la masturbación mutua entre muchachos? Si dos muchachos están satisfaciendo su curiosidad y disfrutando de las sensaciones provocadas por la masturbación, ¿están haciéndose daño de algún modo el uno al otro? ¿Hay aquí implicado algún tipo especial de “consentimiento” o debería ser visto sencillamente como un simple acuerdo? Las reivindicaciones sobre el daño o la falta de consentimiento son difíciles de sustentar empírica o lógicamente. Pero imaginemos a un muchacho que busca información, instrucción, demostración o el compartir una experiencia erótica con un hombre adulto. ¿Es que aquí la diferencia de edad por sí misma adquiere una nocividad o exige un consentimiento especial que no es un problema cuando se trata de un igual? ¿O podría tratarse, al igual que en el ejemplo anterior, de un contacto intrínsecamente benigno validado por un simple acuerdo entre ambos? ¿Qué tipo de razones pueden ser aducidas para demostrar el daño o la ausencia de un consentimiento? ¿Por qué nuestra cultura insiste en requerir un exagerado grado de consentimiento para un simple acto físico? ¿Será que nuestra sociedad se engaña a sí misma pretendiendo que estos simples actos, benignos y mutuamente aceptados, son en realidad espiritualmente dolorosos, interiormente destructivos y generadores de traumas psíquicos con el simple objetivo de justificar una vendetta contra los muchachos y sus amigos adultos?

Mientras la mayoría de la gente aceptaría, aunque no sin cierta desgana, que la felación es una práctica privada aceptable entre adultos, también pretenderían creer que los muchachos no saben de su existencia y muy pocos aceptarían que pudiera ser experimentada con sus iguales. Pero la pretendida o real ignorancia de los hechos no cambia realmente la realidad, y ésta es que en nuestra Era de la información la inmensa mayoría de los muchachos saben de la felación antes de alcanzar una edad de más de dos cifras. Así, sí dos muchachos, desinhibidos y curiosos, deciden mutuamente practicar la felación en uno con el otro, ¿por qué se ha de producir ningún daño más allá del socialmente imaginado? Y en la presencia de un simple acuerdo, ¿qué necesidad hay de un mayor grado de consentimiento? Y de nuevo, si un muchacho busca o se encuentra de buena gana con un adulto que desea cooperar, ¿por qué la diferencia de edad cambia el estatus de la experiencia?

Nótese que en los dos párrafos precedentes sólo hemos hablado de relaciones mutuamente deseadas, una situación que puede ser calificada de consentimiento “simple”. Por otro lado, si una parte, unilateralmente, propone una actividad a la otra, la aceptación de esta oferta puede ser vista —a falta de un término más apropiado— como un consentimiento “activo”. Pero ninguno de estos dos tipos de consentimiento pueden ser vistos como algo absoluto o permanente, dado que todos tenemos el derecho a cambiar nuestra opinión y a retirar nuestro consentimiento. Lo que es más, si se emplea la coerción o la fuerza, o incluso si hay un exceso en la persuasión, no existiría ni un tipo de consentimiento ni otro, y el problema pasa a ser del orden del asalto físico, donde entrarían ya en juego prohibiciones y leyes que no tienen nada que ver con el sexo. Otro problema son las enfermedades de transmisión sexual, pero todo apunta a que son consecuencias extremadamente raras en este tipo de relaciones. El problema más apremiante en la actualidad es que una sociedad perversa se niega a reconocer el derecho de los muchachos a aceptar y/o consentir en la exploración sexual con sus iguales o con adultos, y en su lugar criminaliza y demoniza casi todas estas relaciones.

La penetración anal, tanto en relaciones entre iguales como con hombres adultos, y de acuerdo con investigaciones publicadas (Riegel, 2005), es mucho menos común que la felación o la masturbación mutua. De las frecuencias relativas obtenidas en ese estudio puede extraerse que la penetración anal habitualmente surge después de otras actividades y la misma investigación indica que los muchachos que participan en esa conducta suelen ser más mayores y, por lo tanto, físicamente capaces de ser penetrados sin ser dañados o heridos. Si existían acuerdos previos sobre las otras actividades, se supone que debería poder haber un acuerdo similar para el sexo anal y que éste no tiene por qué ser intrínsecamente dañino. En el caso de una proposición unilateral, alguna forma de consentimiento debería estar presente, pero en el momento en que el receptor de la propuesta es consciente de sus aspectos físicos y de la posibilidad de negarse, y tiene el derecho de retirar su consentimiento, no hay ya ninguna razón por la que la experiencia deba ser intrínsecamente mala. Sólo la interferencia de elementos externos a la misma puede producir muy probablemente daños iatrogénicos, tal y como señaló Larry Constantine (1981): “Las reacciones negativas de los padres [y otros adultos] ... hacia los encuentros sexuales de los niños, al margen de generar culpas, pueden ser ... el aspecto más psicológicamente nocivo de toda la experiencia.” (p. 241).

Es interesante resaltar que los padres y otros adultos están preocupados por el consentimiento de los niños únicamente cuando está en juego una conducta no aprobada. El consentimiento del niño no es percibido como relevante cuando cuestiones como la sexofobia victoriana, la actual homofobia, el dogma religioso u otras ideas y creencias son impuestas al niño. En estos casos, el niño no es "informado" sobre las posibles consecuencias negativas de estas y otras supersticiones. Pero si un niño puede posiblemente obtener una mejor comprensión sobre su propia sexualidad, entonces se levantan todo tipo de controles. Aparte del lavado de cerebro socialmente aplicado, ¿puede el niño medio de 10 años tener algún problema con, por ejemplo, masturbarse con su primo de 15? ¿O aceptando la felación por parte de su vecino de 35? A no ser que su mente sea envenenada, y hasta que ese momento llegue, probablemente el menor no asignará a esta experiencia demasiada importancia, excepto por la posibilidad de buscar más oportunidades de repetirla.

La supuesta base necesaria para adoptar cualquier decisión, acuerdo y consentimiento en materia de sexualidad parece ser la habilidad cognitiva, y aquí están aquellos que afirman que esta habilidad no está suficientemente desarrollada hasta la llamada "edad del consentimiento"; de hecho, esta edad de consentimiento está supuestamente incluida en el desarrollo de la habilidad cognitiva "adulta". Pero algunos de los autodesignados como "expertos" en este área ven el desarrollo cognitivo como adecuado mucho antes cuando se trata de otras significativas y profundas decisiones. Una organización tan prestigiosa como la Asociación Americana de Psicología presentó un Amicus curiae en la Corte Suprema de los Estados Unidos (1989) respaldando la capacidad de menores de hasta 11 años para otorgar "consentimiento legalmente competente" en materia de aborto:

Los psicólogos evolutivos han desarrollado un rico cuerpo de investigación examinando las capacidades de los adolescentes para comprender, razonar, resolver problemas y tomar decisiones ... La investigación respalda de forma consistente la conclusión de que hay un previsible desarrollo durante la última infancia y la primera adolescencia de la capacidad para pensar racionalmente sobre problemas y decisiones de creciente complejidad. (p. 18)

La cuestión de si un menor posee la información adecuada ... al contrario que la capacidad para elegir basándose en esa información, no es tanto un componente de la competencia de los adolescentes como ... un deber ético y legal de proporcionar toda la información material... (p. 18, nota al pie)

Las habilidades específicas de razonamiento que se desarrollan durante la adolescencia temprana son muy semejantes a la capacidad de consentir, e incluyen la capacidad de razonamiento abstracto y de pensar sobre situaciones hipotéticas; la capacidad de razonar sobre múltiples alternativas y consecuencias; ... y la capacidad para utilizar la información sistemática y exhaustivamente. ... De hecho, a mitad de la adolescencia (14-15 años) los chicos desarrollan capacidades similares a los adultos en razonamiento y dilemas morales, comprendiendo las reglas sociales y las leyes, y razonando sobre relaciones y conflictos interpersonales... Por lo tanto, a la edad de 14 años la mayoría de los adolescentes han desarrollado unas capacidades intelectuales y sociales similares a las de los adultos que incluyen habilidades específicas esbozadas en la ley como necesarias para ... considerar los riesgos y los beneficios, así como para

proporcionar un consentimiento legalmente competente. ... Hay chicos de 11 a 13 años de edad que ya posee estas capacidades similares a los adultos en estas áreas. (pp. 18-20)

Existe una sustancial cantidad de investigación empírica en la valoración de la toma de decisiones de los adolescentes cuando se enfrentan con varios tipos de problemas prácticos que implican ... decisiones. Algunos de estos estudios comparan específicamente la ejecución de los adolescentes con la de los adultos a la hora de adoptar estas decisiones. La evidencia no apoya la premisa ... de que los adolescentes carezcan de la capacidad adulta para comprender y razonar sobre problemas y decisiones... (p. 21)

Adicionalmente, Deborah Waber (2007) señala que:

...la infancia se caracteriza por una mejora en las tareas de las funciones cognitivas y motoras, [pero] este progreso se estabiliza sobre los 11 ó 12 años, justo antes de la adolescencia... Cuando los niños están en la enseñanza primaria, pueden aprender 'bloques básicos de construcción' cognitiva y, más tarde, sobre los 11 años, los niños se sirven de estos bloques de construcción y los utilizan.

Es el momento de adelantar que la investigación que expondré más adelante, en el capítulo 4, apunta a que la edad media para el inicio de las relaciones eróticamente expresadas entre muchachos y hombres son los 12 años, lo cual, de acuerdo con las dos citas previas, coincide con el logro de las "capacidades adultas" y el empleo activo de esos "bloques básicos de construcción" cognitiva.

Desde una perspectiva pragmática y de la vida real, cualquiera que sostenga la idea de que un muchacho joven no puede tomar decisiones informadas nunca ha visto a uno comprándose unas zapatillas nuevas. Sin duda estará más que informado por parte de sus compañeros de colegio y de la televisión sobre el estatus y la conveniencia de distintas marcas, con luces brillantes o sin ellas; y, a no ser que se sienta infelizmente reprimido, no aceptará voluntariamente las que en su opinión sean peores. Esta habilidad de un muchacho para elegir entre lo que desea y lo que no, está presente incluso desde el nacimiento, como podrá testificar cualquier madre que no haya satisfecho inmediatamente las demandas de su pequeño cuando está hambriento. Admitamos que esta expresión de preferencia informada es frecuentemente anulada, pero esto en ningún caso niega el hecho de que el niño tiene sus propias opiniones ni el de que es capaz de expresarlas. El problema se reduce, de nuevo, a la cuestión de los padres o guardianes, su concepto de los niños como su propiedad y su idea de que los chicos no tienen "derecho" a elegir sus zapatos, sus compañías o sus actividades.

Si fuera posible reunir a todos los que se consideran expertos en el asunto de la capacidad y los derechos de los muchachos para negar u otorgar su consentimiento —y muy especialmente su consentimiento sexual— y dejáramos a estos especialistas que se enfrentaran en un combate sin reglas, más nos valdría tener a la policía antidisturbios y a una ambulancia o dos esperando. Podrían desencadenarse vigorosas disputas sobre el "consentimiento simple", el "consentimiento significativo", el "consentimiento

informado”, el “consentimiento legal” y otros muchos. Los bandos contendientes podrían formarse bajo la denominada “edad de consentimiento” en el caso, si es que se diera, de que alguna de las formas de consentimiento pudiera ser aceptada a alguna edad. Y al final, como ha sucedido durante décadas, todos los que podrían haberse puesto de acuerdo seguirían estando en desacuerdo. Sin embargo estos “expertos” continúan esclavizando a los chicos —y a todos los niños— con los mismos argumentos huecos, mientras los padres y otros adultos continúan siendo sus cómplices.

Mucho se ha dicho sobre el desequilibrio de poder existente entre un hombre y un muchacho. Es obvio que un hombre es habitualmente más grande, más fuerte y que posee más recursos económicos y un estatus social que los muchachos generalmente no tienen. Pero en las relaciones ordinarias entre hombres y chicos, i.e. en la escuela, situaciones sociales y públicas como las actividades deportivas, etc., no se cuestiona que un hombre pueda fácilmente imponer su voluntad a un muchacho y forzarlo a hacer más o menos lo que el hombre propone. Esto puede ser incluso llevado a una situación extrema donde el muchacho es obligado a participar en una actividad sexual y verse amenazado con consecuencias directas si se lo cuenta a alguien. La inseguridad que un muchacho siente en estas circunstancias le lleva habitualmente a permanecer callado, y estos son casos donde puede producirse un severo trauma emocional. Afortunadamente, estos casos son extremadamente raros.

Pero en una posible relación sexual consentida entre un hombre y un muchacho, el proceso tiende a inclinarse en otra dirección. Incluso si el muchacho ha iniciado la relación, lo cual es frecuentemente el caso, pronto se da cuenta de que su amigo adulto desea todavía más mantener y continuar su amistad. Si el muchacho aprecia al adulto, esto no crea problemas. Si no, el muchacho que se siente así crecido puede aprovecharse de su amigo mediante irracionales demandas a sus finanzas, a su tiempo, acciones y emociones. No sólo puede recurrir a la amenaza de negarle el afecto, sino que también se puede recurrir a la amenaza de una denuncia pública que probablemente destruiría al hombre, aunque en realidad no se haya producido todavía el más ligero contacto sexual.

Si su amigo adulto conduce la relación hacia la actividad sexual, la balanza de poder se declina incluso más a favor del muchacho. Ahora el chico no sólo puede utilizar el deseo de su amigo de mantener la amistad y la amenaza de divulgarlo para obtener más poder, sino que también ha ocupado y activado los deseos sexuales de su amigo, que él puede ahora amenazar con frustrar. Afortunadamente la mayoría de las relaciones que siguen adelante suelen evolucionar hacia un estado de respeto y amor mutuo, por lo que ninguno de los miembros de la relación se siente inclinado a ejercer su poder sobre el otro. Este tipo de asociación es el *súmmum* y epítome de lo que estas relaciones suelen realmente ser, algo hermoso y gratificante para ambos participantes; una relación en la que ninguno desea hacer nada que pueda perturbar su felicidad.

De lo arriba expuesto, debería parecer obvio que la balanza de poder está habitualmente en equilibrio y que cuando se desequilibra, tiende a inclinarse a favor del muchacho. Aunque algunas de las razones de los dos párrafos anteriores están relacionadas con el actual clima de desaprobación social, hay buenas razones en el adulto

implicado en estas relaciones para asegurarse de que el equilibrio de poder permanezca desviado a favor del muchacho, sin tener en cuenta la opinión pública.

La responsabilidad y la elección son las dos caras de una misma moneda, y los muchachos son considerados responsables por sus acciones desde muy temprana edad. Exigir a los chicos que respondan incondicionalmente por todo lo que hacen, mientras que al mismo tiempo se insiste en que no son capaces de tomar sus propias decisiones, sexuales o de otro tipo, es tan ilógico como injusto. En la era de Internet, los muchachos tienen muchas fuentes de información sobre el sexo, y por lo tanto no deben ser tratados como si no tuvieran la base necesaria para tomar decisiones racionales en este área. Actualmente un muchacho de 12 años no puede acceder legalmente a mantener lo que él puede considerar relaciones sexuales no nocivas con otro chico de 17, mientras que por el contrario puede ser detenido como responsable, procesado y condenado por, por ejemplo, un asalto sexual de un niño más joven. Negando a un muchacho su derecho a tomar decisiones sobre sus actividades sexuales, basándose de forma arbitraria en su edad cronológica, es un anacronismo muy necesitado de una reconsideración.

La base de la habilidad para adoptar decisiones válidas reside en poseer la información suficiente para entender las consecuencias intrínsecas de esas opciones, y no las culturalmente inflingidas. Sin lugar a dudas que un muchacho puede no disponer de toda esta información; pero una cantidad sorprendente, sin conocimiento de los adultos que le rodean, es obtenida de sus iguales, de chicos más mayores o de hombres adultos, y en algunos casos de Internet. El problema que surge, sin embargo, es que muy a menudo lo que obtiene es una información falsa y contradictoria, ya sea en buena fe por parte de sus pares, o maliciosamente de sus mayores. Uno sólo ha de recordar que no muchos años atrás la masturbación fue considerada como la causante de todo, desde el acné hasta la locura (Hare, 1962). Por lo que cualquiera que responda a las preguntas de los muchachos debe ser cuidadoso en decirles la verdad, porque la desinformación deliberada que es descubierta por el muchacho le hará dudar en adelante de todo lo que oiga de esa persona que le miente. Él necesita verdades y hechos, no fábulas estúpidas, y es entonces cuando las decisiones que adopte estarán basadas en una comprensión de las consecuencias reales y no en las imaginadas.

Hasta que un muchacho es contaminado por la actual cultura sexofóbica, habitualmente se aproximará a la exploración y la experimentación eróticas como algo básicamente asociado a sensaciones físicas y no a particulares consecuencias emocionales, aunque las experiencias sexuales placenteras con otra persona probablemente contribuirán a una mayor cercanía y vinculación con ella. Desafortunadamente, sin embargo, la sociedad ha añadido una inmensa e irracional carga emocional y de supuestas consecuencias a lo que el muchacho ve simplemente como placer corporal, especialmente si es con un muchacho más mayor o con un hombre, porque todavía no es totalmente consciente de estas mitologías, falsedades, implicaciones imaginadas y tabúes culturalmente impuestos. El problema no reside en las consecuencias intrínsecas y reales de las actividades sexuales del muchacho, sino en las falsas y artificiales consecuencias imaginadas por una sociedad profundamente equivocada. Así pues, la solución obvia no es continuar tratando de doblegar el pensamiento de los chicos para conformarse a estos supuestos principios

morales, éticos o religiosos sin base en la realidad, sino iniciar el tan esperado proceso de desmantelamiento de estas necesidades y reemplazarlas por información, racionalidad y libertad.

## CAPÍTULO 4: ¡NOSOTROS NO FUIMOS ABUSADOS!

Este capítulo está basado en informaciones proporcionadas por hombres que vivieron estas experiencias siendo niños. He aquí algunos comentarios representativos seleccionados a partir de los aportados por los participantes en la encuesta descrita en este capítulo:

“Los chicos deberían tener la libertad de adoptar sus propias decisiones cuando tengan la certeza de saber lo que quieren. Si un chico desea tener un contacto sexual con otro hombre y el sentimiento es mutuo, entonces no debería haber problema. Una relación saludable con otro hombre puede ser muy beneficiosa para ambas partes.”

“No encuentro nada malo en el contacto sexual entre chicos y hombres si los chicos son participantes voluntarios y deseosos de serlo. Debería permitirse a los chicos explorar su identidad sexual, tal y como sucede en cualquier otra relación.”

“Creo firmemente que el sexo es una parte saludable de nuestras vidas, groseramente deformada y culpabilizada por una sociedad prejuiciosa y enferma, tristemente engañada por la intolerancia de líderes hipócritas, ya sean políticos o religiosos.”

La forma más lógica de saber cómo los muchachos viven sus relaciones sexualmente expresadas con hombres adultos es preguntarles a ellos. Esto es lo que hizo el Doctor Theo Sandfort (1984), obligado a abandonar su trabajo como profesor en el Departamento de Psicología Clínica en la Universidad de Utrech, en Holanda, a causa del tumulto victimológico originado por sus hallazgos. En la actualidad es profesor asociado de Psiquiatría Clínica en la Columbia University en Nueva Cork, pero, por razones obvias de auto-preservación, no ha vuelto a desarrollar investigaciones o publicaciones en el área de los contactos sexuales entre niños y adultos. Otro investigador, Paul Okami (1991, 1997), publicó algunas investigaciones en este sentido, pero recientes intentos por implicarle nuevamente en este terreno de estudio han sido cortésmente rechazados. Podría parecer que, él también, ha concluido que es más prudente abandonar este tipo de investigación que sufrir el mismo destino que el Dr. Sandfort en Utrech. Desde estos amargos incidentes, ningún otro investigador, hasta donde yo sé, ha intentado nuevas investigaciones en tiempo real que profundizaran en las actividades sexuales entre chicos y hombres adultos.

Dado que la investigación directa con chicos ya no es posible, quizás la mejor alternativa es preguntar a hombres adultos que, siendo niños, mantuvieron relaciones con un componente sexual con otros hombres. Sin embargo, es casi imposible intentar localizar y contactar con estas personas de forma abierta, como pudo comprobar un profesor titular de una importante universidad de la costa occidental estadounidense cuando inocentemente inició un proyecto de este tipo y apenas pudo conservar su trabajo cuando los victimólogos hicieron acto de presencia. A ello se añade que muchos —quizás todos— de los hombres que han vivido estas experiencias se niegan a discutir sobre ellas por miedo al ridículo y la persecución. Otro factor es que un significativo porcentaje de hombres que sintieron que estas experiencias fueron consentidas, placenteras y no traumáticas en su momento, se transforman más tarde en víctimas del lavado de cerebro de la sociedad, permitiendo que sus sentimientos positivos iniciales queden subyugados bajo otros negativos pero políticamente correctos.

Afortunadamente, el desarrollo de Internet y de la World Wide Web ofrecen caminos alternativos con los que sortear estos obstáculos. Varios investigadores (e.g., Duffy, 2002; Rhodes et al., 2003; etc.) han defendido la validez y utilidad de investigaciones conductuales a través de Internet, opción que ha sido por mi parte utilizada para desarrollar una encuesta anónima.

Pero Internet, a pesar de contar con una clara potencialidad para realizar investigaciones científicas sobre el comportamiento de los sujetos, no carece no obstante de problemas. Aquellos que no han tratado de desarrollar este tipo de investigación tienden a pensar que el muestreo de cualquier tipo de población debería ser algo fácil de realizar, requiriendo únicamente el crear un sitio en la red y sentarse a esperar un supuesto aluvión de respuestas manando por él. La realidad es bien distinta. Cuando uno trata de descubrir datos útiles y significativos en áreas que la sociedad ha condenado al ocultamiento durante décadas, no es en absoluto sencillo ni rápido el contactar con potenciales participantes y obtener su cooperación. A partir de experiencias previas de investigaciones por Internet en este ámbito de las relaciones sexuales entre niños y adultos, no tengo ninguna duda de que el obtener un número suficiente y detallado de respuestas sobre estos hechos, a partir de una población claramente reacia a participar, supone un serio reto.

La solución se presentó por sí misma en la persona de un conocido que voluntariamente colocó demandas de colaboración en un amplio espectro de “grupos de discusión” en la red, teniendo especial cuidado en evitar aquellos grupos que pudieran suponer una obvia parcialidad en contra o a favor de las relaciones sexuales entre hombres y chicos. Con esta advertencia auto-impuesta, esta persona dispuso de carta blanca para ir anunciando el estudio más o menos cada semana durante un periodo de un año que iba desde mediados de 2005 a mediados de 2006. El resultado, como tendremos oportunidad de ver, fue a lo sumo moderadamente aceptable. Sus servicios fueron sin duda indispensables; en cualquier caso su labor en esta investigación fue meramente la de un facilitador, no habiendo aportado ni controlado ningún aspecto del diseño o gestión del instrumento de investigación, del sitio Web o de los datos resultantes. Fue suficiente con observar los grupos a los que pertenecían los participantes para hacerse evidente que una amplia selección de grupos de discusión había sido utilizada y que el espacio de tiempo entre las distintas colaboraciones sugiere a su vez un significativo grado de separación entre los que respondieron.

En la elaboración del cuestionario para este proyecto me serví de conceptos desarrollados en otras investigaciones previas y fue diseñado para obtener distintos datos sobre múltiples aspectos de las experiencias sexuales entre muchachos y hombres adultos. No había indicaciones sobre el tipo de experiencia, positiva o negativa, sobre la que se estaba indagando, siendo libres de informar sobre cualquier tipo de relación. Los participantes eran simplemente advertidos de que el estudio era “Una investigación empírica sobre los efectos de relaciones durante la niñez con hombres adultos que incluyeran un componente sexual.” Las preguntas abarcaban datos demográficos generales, la personal apreciación de su salud mental, el tipo de atracción sexual sentida

en la actualidad, experiencias y antecedentes sexuales, los aspectos sexuales y no sexuales de su relación primaria con un hombre adulto, así como las percepciones sobre los posibles efectos positivos y negativos de dicha relación. La mayoría de los ítems podían ser respondidos optando entre un total de cinco a siete opciones, que iban de lo negativo a lo positivo o viceversa. Además se realizaron esfuerzos conscientes para no dirigir al encuestado como ya se había hecho en el pasado por otros investigadores. Diversos cuadros de texto permitían a su vez la posibilidad de aportar comentarios libres.

Los resultados serán discutidos haciendo referencia a diversas tablas. En todas ellas la letra N (103) indica el número total de participantes, F (66) muestra el número de encuestados cuya atracción sexual primaria es hacia las mujeres (Female), M (25) es el número de aquellos cuya atracción primaria es hacia los hombres (Male) y O (Otros 12), en pro de la simplicidad, incluiría a bisexuales y hombres atraídos por menores. Considero que una división más detallada de los participantes no es necesaria ni útil. Dado que N es cercano a 100, los números presentados y discutidos se asemejan a porcentajes.

La Tabla 4-1 recoge las características demográficas y de otro tipo de los participantes. La atracción sexual se organiza según la conocida clasificación de Kinsey, reduciendo las categorías a cinco y añadiendo otra para la atracción por los menores. A excepción de la ya citada distribución de la atracción sexual entre los participantes, no hay ningún otro rasgo de la muestra que resulte inusual. El rango de edad es bastante amplio pero, como es habitual en las encuestas por Internet, la participación de personas blancas es claramente mayoritaria frente a otras razas, no habiendo ningún participante de raza negra. Geográficamente, la práctica totalidad de los encuestados provienen de Norteamérica, Europa continental y el Reino Unido. Los niveles educativos aparentan también ser algo superiores a la media.

**Tabla 4-1: Datos demográficos**

Edad	N	F	M	O	Estado civil	N	F	M	O
18 – 21	9	7	2	0	Soltero	46	30	12	4
22 – 29	11	8	1	2	Larga relación heterosexual	28	23	1	4
30 – 39	24	14	8	2	Larga relación homosexual	13	1	10	2
40 – 49	32	21	6	5	Separado	3	3	0	0
50 o más	27	16	8	3	Divorciado	10	7	2	1
					Viudo	3	2	0	1
Raza					Religión				
Blanca	94	59	23	12	Protestante	30	21	4	5
Negra	0	0	0	0	Católica	28	16	9	3
Asiática	1	1	0	0	Otras	12	10	1	1
Latina	2	1	1	0	Ninguna	33	19	11	3
Otras	6	5	1	0					
Residencia					Grado de religiosidad				
USA	64	41	15	8	Alto	7	6	0	1
Canada	10	5	4	1	Moderado	18	12	3	3
Reino Unido	11	7	3	1	Nominal	22	14	5	3
Europa	7	6	0	1	Mínimo	14	9	4	1
Australia/NZ	6	4	2	0	Nada	42	25	13	4
Otros	5	3	1	1					
Educación					Atracción sexual				
<12 años	3	2	1	0	Exclusivamente hacia las mujeres	36			
Secundaria o equivalente	20	7	9	4	Primariamente hacia las mujeres	30			
Diplomatura	22	14	5	3	Igual hacia hombres o mujeres	8			
Licenciatura	29	21	5	3	Primariamente hacia hombres	8			
Master o equivalente	23	19	2	2	Exclusiva por hombres	17			
Doctorado	6	3	3	0	Mujeres prepubescentes	0			
					Mujeres adolescentes	1			
					Varones prepubescentes	0			
					Varones adolescentes	3			

La página de entrada en el sitio Web de Internet advertía al lector de la naturaleza del proyecto, mientras que las páginas subsiguientes informaban al posible participante que debía ser mayor de edad. Igualmente se enfatizaba que la participación sería totalmente anónima y que, más allá de algunos datos sobre la fecha o la opción de señalar el grupo al que se pertenece, ningún otro tipo de datos de identificación habrían de ser recopilados. Esta segunda página también proporcionaba un aviso siguiendo los principios éticos y código de conducta de la Asociación Americana de Psicología, advirtiendo al encuestado de que el hecho de cumplimentar el cuestionario de la tercera página implicaba que aceptaba los términos y condiciones establecidos en el proyecto de investigación.

Como es de esperar en una investigación como ésta, abierta a un público anónimo, no faltaron unas cuantas aportaciones que eran evidentemente fraudulentas y que fueron rechazadas. Finalmente un total de 103 respuestas fueron consideradas válidas. En el lenguaje de la investigación empírica, se trata de una "muestra de conveniencia no aleatoria" y como tal sujeta a muchas limitaciones. Así por ejemplo se trata de una muestra obviamente viciada en el sentido de que la mayoría de los participantes tenían conocimientos de informática y eran activos en alguno de los grupos de Internet en los que se había solicitado la colaboración; o que bien habían sido orientados hacia el cuestionario por un participante en uno de estos grupos. Es una muestra igualmente parcial en el hecho de que la proporción de participantes tanto homosexuales, ya sea de forma exclusiva o primaria, como bisexuales (33 de los 103) son más elevados que los porcentajes habitualmente establecidos para la población en general. Pero la experiencia en este tipo de investigaciones por Internet ha mostrado que los sujetos homosexuales, bisexuales y paidosexuales tienden a responder con más facilidad, mientras que los hombres heterosexuales adultos son menos proclives a hacerlo, quizá debido a su elevada ansiedad por el estigma que la sociedad asigna a este tipo de relaciones entre muchachos y hombres. Pero incluso con todas estas limitaciones, esta encuesta, hasta donde sabemos, es de una profundidad y detalle mucho mayores que ninguna otra que haya sido hecha hasta la fecha y esperamos que los resultados aquí presentados y las cuestiones planteadas y discutidas animen a otros investigadores a extender este área de indagación.

Según se observa en la Tabla 4-2, 81 hombres declaran que hubo algún grado de voluntad inicial por participar en el aspecto sexual de la relación siendo niños y algún grado de interés por continuar es señalado por 83 de ellos. La presencia de algún grado de fuerza física, en su mayoría leve, es declarada por 11 personas, mientras que 92 señalan que no hubo ninguna.

Un total de 83 hombres informaron de la existencia de una capacidad moderada o completa para otorgar el consentimiento simple. 65 lo hicieron a la hora de señalar la existencia de una capacidad de moderada a completa para comprender la situación y otorgar un consentimiento informado (según era definido en la pregunta). 72 consideraban que habían otorgado un consentimiento simple o informado, mientras que 21 señalaron no haber puesto objeciones.

**Tabla 4-2: Consentimiento**

Consentimiento inicial	N	F	M	O	Capaz de un consentimiento simple	N	F	M	O
En absoluto	1	1	0	0	En absoluto	9	6	2	1
No mucho	2	2	0	0	Sólo un poco	11	8	2	1
Estaba inseguro	19	12	5	2	Moderadamente	18	13	3	2
Un poco	27	21	4	2	Mucho	28	19	7	2
Mucho	54	30	16	8	Completamente	37	20	11	6
Voluntad de continuar					Capaz de un consentimiento informado				
Sólo tuve una o dos experiencias	11	5	3	3	No entiendo el concepto	11	8	2	1
Me negué rotundamente	0	0	0	0	En absoluto	13	7	4	2
Objeté un poco	1	1	0	0	Mínimamente	14	11	1	2
Me mostré pasivo	8	6	2	0	Moderadamente	20	13	6	1
Expresé mi consentimiento	22	17	3	2	Mucho	21	13	6	2
Yo inicié las actividades	61	37	17	7	Completamente	24	14	6	4
Forzado físicamente					Naturaleza del consentimiento otorgado				
Totalmente	1	0	1	0	No entiendo el concepto	8	7	0	1
Mucho	0	0	0	0	Me negué	2	0	1	1
Moderadamente	2	1	1	0	Me mostré pasivo	21	15	4	2
Sólo un poco	8	7	1	0	Completamente simple	12	9	2	1
En absoluto	92	58	22	12	Básicamente simple	22	12	8	2
Tenía derecho a consentir					Informado y simple	16	10	6	0
Explícitamente denegado	4	2	2	0	Principalmente informado	6	5	1	0
Sentía que no lo tenía	6	4	1	1	Completamente informado	16	8	3	5
Nunca me lo planteé	38	26	8	4					
Sentía que lo tenía	49	30	12	7					
Explícitamente recibido	6	4	2	0					



**Tabla 4-3: Relación**

Edad en el inicio	N	F	M	O
<7	0	0	0	0
7	6	6	0	0
8	8	6	0	2
9	5	3	1	1
10	4	3	1	0
11	13	10	2	1
12	21	12	8	1
13	17	8	6	3
14	6	3	1	2
15	13	8	4	1
16	6	3	2	1
17	4	4	0	0
Duración de la relación				
Menos de 6 meses	17	10	4	3
> 6 meses, < 1 año	11	8	3	0
Entre 1 y dos años	27	19	6	2
Entre 3 y cinco años	26	13	8	5
Entre 6 y 10 años	8	4	2	2
> 10 años	3	3	0	0
Todavía existe	11	9	2	0
Vínculo				
Ninguno	13	9	3	1
Muy poco	23	15	6	2
Algo	35	21	8	6
Bastante	23	13	8	2
Muy grande	9	8	0	1

  

Hobbys compartidos	N	F	M	O
Ninguno	39	26	11	2
Sólo un poco	25	16	6	3
Algo	23	15	5	3
Bastante	11	5	2	4
Principales intereses en común	5	4	1	0
Ayuda con la educación del menor				
Nunca	55	36	13	6
Raramente	18	12	5	1
A menudo	17	12	4	1
Bastante a menudo	12	5	3	4
Habitualmente	1	1	0	0
Ayuda en el desarrollo personal del menor				
Nada	35	26	8	1
Raramente	27	14	9	4
A menudo	24	17	3	4
Bastante a menudo	14	8	3	3
Habitualmente	3	3	0	0
¿Quién decidía sobre las actividades no sexuales que se compartían?				
Nunca mantuvimos este tipo de relación	19	13	4	2
Él lo hacía	13	11	2	0
Él lo hacía teniendo en cuenta mi opinión	15	10	3	2
Fue mutuo	48	26	16	6
Yo lo hacía teniéndole en cuenta	3	3	0	0
Yo lo hacía	5	3	0	2

La Tabla 4-3 recoge las respuestas a las preguntas relativas a la calidad de la relación. 13 de los participantes sintieron que no existía ningún tipo de vínculo; pero de los 90 que informaron de la existencia de algún tipo de conexión o vínculo emocional con el adulto, 67 calificaron éste como de “cierto grado” o incluso mayor. Hubo 75 relaciones que

duraron más de un año y aunque no se muestra en la tabla, el promedio de edad al inicio de la relación era de 12,14 siendo 12 años la media.

En la Tabla 4-4 se observa cómo 67 de los participantes consideraban que su relación había tenido una importancia moderada o grande. La existencia de un “abuso sexual” en algún grado fue informado por 25 hombres, 18 de los cuales lo minimizaron como “un poco” mientras que 78 negaron completamente esta idea. Efectos generales no negativos fueron reportados por 90 y algún grado de efecto positivo por 59. 78 consideraban que la influencia de lo sucedido en su orientación sexual adulta había sido poca o nula y la validez de la decisión de participar en esa relación sexual fue definida cuando menos como razonable por 88, aunque muchos de ellos informaron que hubieran preferido tener más información disponible. Las interferencias por parte de terceras personas fue señalada como mínima o nula por 93 de ellos.

Al considerar los resultados e implicaciones de esta investigación, es preciso tener constantemente en mente que el omnipresente modelo victimológico del “daño” en torno a las relaciones sexualmente expresadas entre niños y adultos ha invadido sin duda la socialización de la mayoría de estos participantes, si no de todos ellos. Si este modelo del daño reflejara realmente la naturaleza intrínseca de estas relaciones, estos datos deberían sustentar consistentemente las premisas y predicciones de este paradigma; pero no es el caso. Cada encuestado que percibía sus experiencias como no nocivas está, dentro del anonimato proporcionado en este estudio, cuestionando y rechazando en esencia lo que la sociedad ha intentado infundir en él a propósito de su sexualidad siendo un muchacho. Es improbable, no obstante, que estas personas pudieran ser convencidas para proporcionar su testimonio en público.

Mientras existían unas pocas experiencias informadas como muy negativas y abusivas, y en un texto de respuesta alguien describía cómo había sido forzado a practicar el sexo oral a punta de cuchillo, los datos proporcionados aquí indican que la mayoría de los encuestados se sumaron a estas relaciones de forma voluntaria y muchos continuaron voluntariamente con ellas durante dos o más años. Bajo el lema de “proteger” a los niños, en la mayoría de los sistemas legales de Occidente los chicos que están bajo una arbitraria y variable “edad de consentimiento” son considerados incompetentes para adoptar decisiones sobre su propia sexualidad. Mirkin (1999a) ha destacado que “...las leyes aparentemente diseñadas para la protección de los jóvenes están realmente pensadas para controlarlos” (p. 503). Pero tal y como fue señalado en un capítulo anterior, los argumentos legales y teóricos sobre “voluntariedad” y consentimiento “simple” versus “informado”, continúan haciendo estragos y probablemente lo seguirán haciendo. En adición a estas violaciones de los derechos humanos de los chicos, la sociedad intenta perpetuar la ignorancia imponiendo la censura sobre la información realista en este asunto. Pero ahora Internet proporciona formas de sortear esta censura y hace más probable que los muchachos puedan ir conociendo más y más sobre ello. Sin embargo, estas represiones y argumentos han acabado siendo irrelevantes en el caso de estos informantes. La mayoría de ellos ha testificado que siendo muchachos no sólo eran bastante conscientes de su sexualidad y se sentían capaces de dar o no dar un consentimiento simple y/o informado, sino que de hecho lo dieron para participar en esa

actividad sexual. Y todos ellos lo hicieron a pesar de esa hostilidad y condena, en grados diversos, por parte de la sociedad.

A ello se suma que mientras que se percibía que el hombre adulto tenía de algún modo más “poder” en la relación, los encuestados señalaron que este poder fue generalmente utilizado de un modo responsable y benévolo. La idea de que sus relaciones implicaban algún grado significativo de “abuso sexual infantil” fue profundamente rechazada, informando la mayoría que en conjunto los efectos de su relación fueron positivos. Encontramos aquí un escaso apoyo al deteriorado mito de que estas relaciones tienen una amplia influencia en la orientación sexual adulta, aunque los informantes que manifestaban una orientación homosexual apuntaban una cierta relación causal. Si bien la mayoría sintieron que su decisión de participar en esas actividades sexuales fue al menos sensata, un significativo porcentaje de ellos indicaron que habrían preferido contar con un mejor acceso a la información pertinente.

**Tabla 4-4: Efectos**

Importancia	N	F	M	O
Muy leve	23	19	4	0
Algo	13	8	1	4
Moderada	23	15	5	3
Mucha	31	16	13	2
Muchísima	13	8	2	3
Importancia relativa				
Principalmente no sexual	7	7	0	0
Mucho más lo no sexual	4	3	1	0
Algo más lo no sexual	10	6	1	3
Igual lo sexual que lo no sexual	23	13	7	3
El sexo algo más	20	11	7	2
El sexo mucho más	22	16	4	2
Sexual principalmente	17	10	5	2
La cuestión del poder				
Todo suyo	17	11	5	1
Sobre todo suyo, considerado	40	28	8	4
Compartido	37	21	10	6
Sobre todo mío, considerado	8	6	2	0
Todo mío	1	0	0	1
Abuso sexual infantil				
En absoluto	78	50	19	9
Un poco	18	12	4	2
Algo	1	1	0	0
Mucho	2	2	0	0
Totalmente	4	1	2	1

  

Efectos generales	N	F	M	O
Muy negativos	5	1	3	1
Algo negativos	8	2	6	0
Ni negativos ni positivos	31	22	6	3
Algo positivos	34	22	8	4
Muy positivos	25	14	7	4
Influencia en la orientación sexual				
Ninguna	58	42	12	4
Un poco	20	17	3	0
Algo	12	6	1	5
Mucha	8	1	6	1
Total	5	0	3	2
Validez de la decisión e información necesaria				
Objeté	1	0	1	0
Me mostré pasivo	10	6	2	2
Asentí pero fue una mala decisión	4	2	2	0
Razonable. Necesaria más inf.	17	14	2	1
Buena. Necesaria más información	22	12	6	4
Buena con suficiente inform.	17	13	4	0
Buena sin ninguna duda	32	19	8	5
Interferencias de terceros				
Nula	77	52	17	8
Mínima	16	9	3	4
Alguna	3	1	2	0
Considerable	3	2	1	0
Excesiva	4	2	2	0

La existencia de interferencias por parte de terceros fue valorada como “nula” por 77 de los encuestados, “mínima” por 16 y “alguna” o mayor por 10. Esto nos permitiría inferir

que incluso siendo niños, la mayoría de estos hombres captaron la necesidad y la ventaja de ser discretos sobre su relación. Y lo lograron. Además, considerando los niveles de consentimiento y ausencia de coerción, es lógico que esta prudencia fuera el resultado de su propia decisión informada y no por la presión del adulto.

Gran parte de lo que leemos en textos victimológicamente orientados y en los medios de comunicación tiene que ver con hombres que valoran de forma retrospectiva sus relaciones con hombres como algo negativo y abusivo. Es interesante valorar distintas posibilidades a la hora de entender estas opiniones:

(a) El demandante pudo no haber sentido recelos en el momento de su experiencia siendo un muchacho, pero al hacerse mayor, la presión para adaptarse a las actitudes sociales, políticas y religiosamente correctas, pudo acabar siendo abrumadora. No es en absoluto inusual, como ha sido demostrado por Asch (1955) y Baron et al. (1996), que las personas abandonen sus antiguas percepciones de cara a ser vistos como normales y aceptables por sus seres más cercanos, amigos y familiares. Esto viene acompañado del invasivo lavado de cerebro practicado por varias religiones con la intención de fomentar la aceptación de sus particulares y negativos dogmas a propósito de la sexualidad de los muchachos. Dado que estas religiones, con sus visiones del mundo y mitologías mutuamente excluyentes, afirman que todas las demás religiones son erróneas e incluso heréticas, es obvio que todas no pueden estar en posesión de la verdad. Esto nos lleva a la ineludible conclusión de que no podemos razonablemente esperar que ninguna de estas religiones tenga las respuestas correctas a todas las cuestiones, ya hablemos de la eternidad o de la sexualidad de los chicos.

Es igualmente interesante hacer notar que no es necesario enseñar a los niños por ejemplo que es inapropiado el herir físicamente a otra persona o robar a los demás, pues estos conceptos están sociobiológicamente arraigados. Pero el programa de los Boy Scouts (Scouting, 2006), como un simple ejemplo de una aparente tendencia, considera necesario enseñar específicamente a los muchachos a “reconocer el abuso sexual”, lo cual es de facto un reconocimiento de que la creencia del daño supuesto en las relaciones consensuadas entre chicos y hombres adultos no es algo intrínseco a la naturaleza humana, sino un artefacto cultural creado y promulgado principalmente por las religiones y civilizaciones occidentales.

(b) Con el objetivo de obtener compensaciones económicas por parte del “abusador”, los hay que denuncian que sus contactos sexuales en la niñez —algunos de los cuales son simplemente “inventados” (Martín, 2003)— fueron un “abuso”. Algo especialmente probable si el abusador es rico o si el supuesto abuso tuvo lugar en el marco de una organización que tiene recursos para pagar un substancial acuerdo, como es el caso de la Iglesia Católica.

(c) El demandante puede padecer algún tipo de problema emocional y/o psicológico que en sí no tiene nada que ver con aquella experiencia, pero, tal vez bajo las sugerencias o incluso presiones de un profesional de la salud mental, se ha servido de sus contactos sexuales siendo un niño como una conveniente excusa para todos sus problemas. Este mecanismo defensivo de culpar a otros en lugar de aceptar la propia responsabilidad sobre los problemas personales está bien reconocido.

(d) La relación pudo de hecho haber sido realmente no deseada, forzada o incluso severamente traumática, aunque los datos de este estudio sugieren que esto es infrecuente.

De cara a un artículo científico todavía sin publicar y basado en estos datos, la política y el protocolo académico requieren que la investigación y los datos sean presentados como “aportaciones” a investigaciones previas y se tengan en cuenta los datos victimológicos contrarios. Pero la verdad es que no existen estudios previos no viciados de este calado y con este número de encuestados; y, por otro lado, una investigación victimológica no viciada sencillamente no existe. La suposición del daño invariable y universal en relaciones consentidas entre chicos y hombres adultos proviene no de investigaciones y datos científicos sólidos, sino de ideologías religiosas y políticas. Y como ideología defectuosa y desacreditada, esta idea del “daño” merece ser inmediatamente arrojada en el cubo de la basura de la historia y reemplazada por datos y verdades científicamente basados y que además sean replicables.

Con solo unas pocas excepciones que apuntan a experiencias no consensuales o ambiguas, la mayoría de estos hombres, cuyas experiencias fueron consentidas, han enfáticamente afirmado que: “¡Nosotros no fuimos abusados!” Es el momento para que la sociedad detenga este abuso de los muchachos y sus amigos mayores que comparten experiencias sexuales mutuamente consentidas.

## CAPÍTULO 5: ¡NOSOTROS NO SOMOS ABUSADORES!

Este capítulo está basado en los datos aportados por hombres que se sienten atraídos sexualmente por muchachos. He aquí algunos comentarios representativos de los informates a la investigación que será descrita en este capítulo:

“Parece haber más bien una escasa investigación sobre lo que los amantes de muchachos son realmente. Imagino que ello se debe a que es difícil encontrar sujetos. ... La mayoría de la gente parece más que dispuesta a meternos en el mismo grupo que los violadores de niños y no se preocupan por entender lo que realmente somos. Entiendo cómo se siente una persona que no ama a los muchachos y que es incapaz de comprender cómo nos sentimos o empatizar con nosotros, dado que no existe un marco común de referencia...”

“...las actitudes punitivas, histéricas e iatrogénicas de la sociedad y de sus victimólogos me hacen pensar que ... una relación sexual consumada con un muchacho podría destruir su vida y la mía, ... Estoy descontento con ... la comunidad psicológica que clasifica a los amantes de chicos en la misma categoría que los violadores o los asesinos de niñas pequeñas. Me temo que las cosas irán a peor en lugar de ser más racionales, y que la sociedad seguirá negando que los jóvenes adolescentes (y mucho menos los niños) tienen deseos sexuales válidos o derechos para participar en estas actividades sin sufrir castigos o padecer la vergüenza.”

“Cuando yo era joven, los chicos que participaban en juegos sexuales no recibían el mensaje de que debían verse a sí mismos como “víctimas”... y, en mi opinión, sufrían poco o ningún efecto adverso de estos contactos sexuales. Ahora, en este periodo de “Nuevo Puritanismo”, no puedo mantener relaciones sexuales con un chico debido a las potenciales consecuencias adversas para él, no para mí. No creo que estas consecuencias negativas surjan de la actividad sexual *per se*, sino de la forma en que estas actividades son percibidas en el contexto de la cultura contemporánea.”

“Conforme me he ido haciendo mayor, mi respeto por la seguridad emocional de los muchachos se ha convertido en un principio fundamental y en ningún caso crearía una situación en la que una persona más joven se pudiera sentir coaccionada, animada o presionada para participar en una actividad en la que no hubiera participado voluntariamente. La actividad sexual es secundaria a mis deseos de formar fuertes vínculos con los muchachos y de ayudarles a convertirse en adultos saludablemente felices.”

“Quisiera decir que esto [la encuesta] es algo hermoso. Es un gran alivio el poder decir a la gente “Yo soy paidosexual” y saber que por una vez las personas de moral conservadora no están influyendo en el desarrollo de un estudio. No puedo cambiar lo que yo soy o lo que me atrae, pero al menos ahora puedo ser más honesto y abierto sobre a quién quiero.”

“¿Quiénes podrían ser los mejores maestros, los mejores cuidadores, los mejores entrenadores o los mejores padres para los muchachos sino aquellas personas que les adoran, que viven por ellos, y que les aman más que a ninguna otra cosa en el mundo? Ayudar a los chicos es, como ya sabes, nuestro propósito; [el sexo] de cualquier naturaleza es tan raro, tan inusual y limitado que apenas tiene consecuencias para cualquiera de los implicados.”

Las dificultades para encontrar y comunicarse con hombres que se sienten atraídos por los muchachos (*Boy-attracted Pedosexual Male*, BPM de aquí en adelante) y que quieran participar como sujetos de investigación son distintas de los problemas para encontrar a aquellos que fueron amados por hombres adultos siendo niños y que fueron analizados en el anterior capítulo. Una mera búsqueda en Internet mediante Google nos proporcionará un gran número de sitios Web y diversos foros de discusión con nombres como BoyChat.org, Boylover.net, etc. Pero mientras algunos de estos sitios Web parecen ser el resultado del trabajo de gente racional e inteligente, muchos son otra cosa bien distinta. Y dado que cada sitio representa generalmente el punto de vista de una única persona, no son sitios muy útiles de cara a una finalidad investigadora, especialmente si se trata de un trabajo estadístico. Hay muchos participantes en estos distintos foros, pero no hace falta leer mucho para darse cuenta de que la gran mayoría de ellos representan únicamente a los más radicales y descerebrados BPM, aunque nos podemos encontrar ocasionalmente con muestras fugaces de discusiones y personas inteligentes y razonables repartidas por estos espacios.

Tras toda una década de búsqueda y evaluación me permite afirmar que “<http://www.boylinks.net>” es uno de esos lugares de encuentro donde un investigador puede interactuar con una más diversa población de hombres que reconocen su atracción sexual por los chicos, muchos de los cuales han demostrado, en investigaciones previas (e.g., Riegel, 2004), ser inteligentes, educados, introspectivos y elocuentes. Estas personas raramente, si es que alguna vez lo hacen, abren sitios Web o participan en foros; únicamente, por usar el argot de Internet, “merodean” en la periferia. No obstante, si tienen la oportunidad de expresarse con un anonimato completo y garantizado, pueden presentarse en un número estadísticamente significativo, tal y como han hecho en varias ocasiones en el pasado y como hicieron para este estudio.

Los orígenes de esta encuesta son poco usuales ya que surgió a partir de la demanda de un miembro de la “Asociación [estadounidense] para el tratamiento de los agresores sexuales”. En su solicitud me pedían mi personal valoración de un sistema de clasificación propuesto que esencialmente consistía en “malos, peores y muy malos”. Este esquema era por supuesto completamente inaceptable, con lo cual se presentó una contrapropuesta que, tras una serie de intercambios por e-mail, desembocó en la tipología que se expone a continuación. Curiosamente las personas que hicieron esta solicitud presentaron y discutieron de hecho esta tipología en su conferencia estatal, intentando además uno de ellos presentarla en su convención anual aunque sin que llegara a lograrlo. Esto implica que al menos existen uno o dos victimólogos que son capaces de ver la “otra” cara de este asunto. Se presenta a continuación la tipología que ha sido publicada en varios lugares:

En todas las categorías propuestas nos encontramos con sujetos calificados como “Boy-attracted Pedosexual Males” (BPM), i.e., hombres que se sienten, de hecho, sexualmente atraídos por muchachos prepubescentes y/o en su media adolescencia, siendo como mínimo 3 años menores que ellos. Excluimos de esta categoría la atracción por adolescentes de mayor edad; en este caso hablaríamos más bien de una atracción y una relación homosexual. Esta tipología, y las categorías utilizadas, no pretenden en

absoluto ser absolutas o excluyentes, sino constituir más bien un modelo de *continuum* donde una clase desemboca en la siguiente. Las conductas pueden ser tanto aisladas como recurrentes, y no todas las características recogidas han de ser necesarias para la inclusión de un sujeto en una clase determinada. Cualquier individuo podría manifestar, de forma simultánea o sucesiva, relaciones que podríamos incluir en dos o más categorías.

Categoría 1. En este caso consideramos que la atracción sexual hacia los muchachos puede ser bien autoreconocida por el sujeto, reprimida o incluso rechazada de algún modo. En cualquier caso, suele existir típicamente una marcada tendencia a creer que cualquier tipo de contacto sexual con un muchacho es algo “malo”, a menudo basándose en actitudes culturales de tipo moral, religioso o de otro orden. Si bien puede ser comprendido y aceptado que un muchacho pueda tener el deseo de la experimentación sexual, el sujeto entiende que este tipo de actividad es inherentemente nociva bajo cualquier circunstancia, con lo que estas expresiones son claramente rechazadas. En cualquier caso, alguna forma de respeto puede estar presente y cierto grado de amistad y/o relación de ayuda y consejo pueden desarrollarse.

Categoría 2. En este nivel la atracción sexual suele ser reconocida junto a una clara voluntad por respetar los deseos del muchacho. No obstante, debido al temor a las posibles consecuencias, toda participación en una experimentación, exploración, y/o juego de tipo sexual con el chico tiende a ser rechazada. En cualquier caso, a pesar de la ausencia de toda expresión sexual, el respeto por el muchacho es alto y pueden darse cierto grado de amistad y/o relación de ayuda y consejo. Si el temor a las consecuencias fuera de algún modo mitigado, este individuo podría encontrarse en una de las categorías 3 a 6.

Categoría 3. Aquí la atracción sexual es muy probablemente autoreconocida y, si se da la provocación o solicitud por parte de un chico, la experimentación, la exploración y/o el juego sexuales pueden tener lugar, dependiendo lógicamente de las diversas circunstancias que puedan ser pertinentes. Normalmente se desarrolla una significativa relación de amistad y/o de ayuda y consejo, siendo predominante el interés por el placer sensual del muchacho y su bienestar; el deseo de satisfacción sexual del BPM, aunque variable, tiende a ser de menor importancia. Aquí las decisiones del muchacho son respetadas y todo lo que suceda se reduce únicamente a aquellas actividades que son iniciadas o al menos claramente aprobadas por el menor. Existe la conciencia de las consecuencias posibles, pero, ya sea de forma espontánea o premeditada, se decide avanzar en esa dimensión sexual.

Categoría 4. Esta atracción por los muchachos es reconocida por el sujeto y en caso de que se perciba en el menor algún tipo de interés en una experimentación consensuada, exploración y/o juego de tipo sexual, tales actividades pueden ser sugeridas o promovidas por el adulto, dependiendo lógicamente de las circunstancias en que se encuentren. Habitualmente se desarrolla una amistad y/o una relación de ayuda y consejo en un grado moderado. El placer sensual y el bienestar del chico la principal preocupación del adulto, mientras que su personal deseo de gratificación orgásmica,

aunque variable, tiende a ser secundaria. Las decisiones del muchacho son respetadas y los acontecimientos se limitan a aquellos momentos y actividades que son aceptables para él y que le hacen sentir cómodo. Se es consciente igualmente de las posibles consecuencias, pero la decisión adoptada es la de seguir adelante.

Categoría 5. El interés sexual es aquí totalmente reconocido. Ante cualquier oportunidad razonable con un muchacho al que se percibe al menos como no activamente contrario a la idea, esa experimentación, exploración y/o juegos sexuales, siempre consentidos, pueden ser promovidos o iniciados por el adulto, dependiendo del contexto y circunstancias en que se encuentren. Normalmente cierto grado de amistad y/o una relación de ayuda y consejo suelen desarrollarse. Preocupan igualmente el placer sensual del muchacho y su bienestar, pero la gratificación orgásmica del BPM son también factores significativos. En un alto grado los deseos del chico son tomados en consideración y lo que suceda está limitado a aquellos momentos y actividades a los que el muchacho no objeta. La presión emocional y la persuasión suelen ser mínimas, pero pueden ser ofrecidos ciertos incentivos monetarios o de otro tipo. Existe la conciencia de las potenciales consecuencias, pero la decisión calculada es la de seguir adelante.

Categoría 6. La atracción es totalmente reconocida y se dan evidentes intentos por seducir o atraer a cualquier chico disponible hacia las actividades sexuales. También se puede recurrir a la prostitución. Aquí, habitualmente, la existencia de una relación de amistad y/o de ayuda y consejo es mínima, siendo más importante la satisfacción emocional o/y orgásmica del adulto, mientras que los deseos, el placer sensual y el bienestar del muchacho son preocupaciones menores. La presión emocional, la persuasión verbal y los incentivos monetarios o de otro tipo pueden ser utilizados para la realización de los deseos y para asegurar que el muchacho no informará de lo sucedido a otros. Ciertos juegos de tocar y bromear utilizados para estimular al chico pueden tener lugar, pero no encontraríamos el recurso a la fuerza física para obtener el consentimiento. Se es consciente de las potenciales consecuencias, pero la decisión calculada es la de seguir adelante.

Categoría 7. Esta clase abarca a aquellos sujetos que recurren a la violencia y la fuerza física para obtener una gratificación que hasta cierto punto puede ser sexual, pero que también puede estar más o menos basada, siendo a veces lo fundamental, en una necesidad de ejercer un poder malévolo sobre otra persona, derivándose placer de su sufrimiento. Secuestradores, violadores, torturadores y asesinos estarían recogidos en esta categoría.

Tras la presentación de esta propuesta en el encuentro estatal ya mencionado, se sugirió que la tipología debería ser validada mediante una investigación con una muestra de estos sujetos. Los resultados de ese estudio forman el contenido de este capítulo. A excepción del método utilizado para la obtención de los encuestados, los mismos protocolos y procedimientos descritos en el capítulo anterior fueron usados en este caso y por lo tanto no serán explicados nuevamente.

Dado que esta encuesta era más breve y sencilla que la descrita en el capítulo anterior, y que fue “anunciada” en un sitio Web que también es visitado por aquellos que son proclives a boicotear este tipo de estudios, un amplio número de respuestas fueron rechazadas debido a que los encuestados tenían menos de 18 años o las respuestas eran caóticas. No obstante, de las 572 respuestas recibidas, 517 fueron consideradas válidas. Este relativamente alto nivel de respuesta pudo verse favorecido por tres razones: primero por la brevedad del cuestionario; segundo, por la rara oportunidad otorgada a los participantes para expresarse por sí mismos de forma abierta en estas cuestiones tan personales y controvertidas ante un investigador aparentemente cualificado; y, finalmente, tal vez por la credibilidad que este investigador ha alcanzado a lo largo de los años en esta población a través de investigaciones y publicaciones previas.

**Tabla 5-1: Datos demográficos**

<b>Edad</b>		<b>Educación</b>
18-21 ..... 16.8%		<7 años.....0.2%
22-25 ..... 13.9%		7-9 años.....0.8%
26-30 ..... 15.3%		10-11 años.....5.2%
31-40 ..... 23.4%		Secundaria o equival.....26.9%
41-50 ..... 16.1%		13-16 años.....17.2%
>50 ..... 14.5%		Licenciatura.....29.6%
		Avanzada.....20.1%
<b>Raza</b>		<b>Estatus económico</b>
Blanca ..... 90.5%		Pobre.....3.1%
Latina ..... 5.8%		Debajo de la media.....22.8%
Asiática ..... 2.3%		Medio.....47.0%
Negra ..... 0.8%		Por encima de la media...24.6%
Otra ..... 0.6%		Elevado.....2.5%
<b>Localización</b>		<b>Estado civil</b>
Estados Unidos.....52.4%		Soltero.....72.7%
Europa Continental.....19.7%		Larga relación heterosexual.....13.5%
Reino Unido.....8.7%		Larga relación homosexual.....6.4%
Australia y Nueva Zel.....5.6%		Separado o divorciado.....6.8%
Canada.....3.7%		Viudo.....0.6%
Asia.....1.9%		
Otras.....7.9%		
<b>Religión</b>		<b>Hijos</b>
Protestante..... 21.9%		Ninguno ..... 84.7%
Católica ..... 19.7%		Uno..... 7.4%
Judía ..... 2.7%		Dos ..... 5.0%
Musulmana ..... 0.4%		Tres..... 1.6%
Otra ..... 22.1%		Cuatro o más..... 1.4%
Ninguna..... 33.3%		
<b>Influencia de la religión</b>		<b>Opiniones políticas y sociales</b>
Fuerte ..... 4.8%		Muy conservadoras.....6.0%
Frecuente ..... 18.8%		Medianamente conservadoras.....17.0%
Ocasional ..... 20.9%		Moderadas.....20.7%
Rara ..... 14.9%		Medianamente liberal.....25.9%
Ningun		
Nunca..... 40.6%		Muy liberal.....30.4%

Los participantes, como queda reflejado en las Tablas 5-1 y 5-2 —en éstas y el resto de las tablas los totales pueden no ajustarse al 100% debido al redondeo—, varían ampliamente en sus edades que van desde los 18 hasta los 60 años, aunque casi la mitad de ellos son menores de 30 años. Más del 50% de las respuestas provienen de los Estados Unidos, pero hay igualmente una buena representación de otras áreas anglófonas. En general los participantes afirmaron considerarse personas psicológicamente equilibradas y con un buen nivel educativo, estando casi la mitad de ellos en posesión de una titulación de licenciatura o superior. Más de la mitad de los encuestados consideraban que no están influenciados nunca o casi nunca por creencias religiosas. Aunque este estudio está basado en una muestra de conveniencia anónima, estando sujeta a vicios de auto-selección y a otras limitaciones, el amplio rango de la edad y de los orígenes geográficos, así como del tamaño relativamente amplio de la muestra, podrían indicar la existencia de un grado aceptable de representatividad.

La Tabla 5-3 recoge la auto-clasificación efectuada por los participantes en cada uno de los siete rangos de edad establecidos. Las informaciones sobre la atracción sentida cuando se era menor de 18 años ofrecían la posibilidad de seleccionar esta opción: “No creo que, siendo menor de 18 años, yo comprendiera mi atracción, motivaciones o conductas lo suficientemente como para seleccionar una categoría” y los encuestados que pertenecieran a cualquiera de los grupos de edad de más de 21 años podían seleccionar la respuesta: “Todavía no tengo esta edad”. La “N” para cada uno de los grupos de edad nos informa pues del número de hombres que seleccionaron alguna de las siete categorías establecidas.

**Tabla 5-2: Salud mental, capacidad de afrontamiento y nivel de estrés**

<b>Salud mental</b>	<b>Afrontamiento de los problemas cotidianos</b>
Extremadamente mala.....0.2%	Con dificultad .....1.4%
Muy mala.....3.1%	No muy bien .....9.7%
Por debajo de la media.....15.9%	Aceptablemente .....40.8%
Normal.....23.8%	Muy bien .....37.5%
Por encima de la media.....17.0%	Extremadamente bien.....10.6%
Muy Buena.....23.4%	
Excelente.....16.6%	
<b>Grado de bienestar con su orientación sexual por los muchachos</b>	<b>Grado de estrés por ser BPM</b>
Completo. ....25.0%	No es apreciable .....10.1%
Moderado. ....23.6%	Mínimo .....22.2%
Aceptable. ....12.6%	Menor .....22.4%
Sentimientos encontrados.....21.1%	Moderado .....18.2%
Escaso.....7.4%	Considerable .....19.3%
Moderadamente bajo.....5.8%	Me afecta funcionalmente...5.0%
Extremadamente bajo.....4.6%	Disfuncional .....2.7%

Si bien no van a ser discutidos en este libro, siete rasgos específicos fueron seleccionados variando en una evolución más o menos lineal y paralela a las siete tipologías utilizadas, solicitando a los encuestados que se situaran a sí mismos en cada una de esas categorías.

**Tabla 5-3: Autoclasificación tipológica (%) en las edades indicadas**

Edad/Categoría	N	1	2	3	4	5	6	7
<18	419	12.9	12.2	26.5	22.9	16.2	7.4	1.9
18-21	517	13.9	19.5	26.9	22.4	13.7	3.3	0.2
22-25	423	10.4	23.6	29.3	23.6	10.6	2.4	0.0
26-30	356	8.7	26.1	27.3	25.6	10.4	2.0	0.0
31-40	275	8.7	24.0	29.8	26.6	9.5	1.5	0.0
41-50	156	7.1	28.2	23.7	28.9	9.6	2.6	0.0
>50	77	3.9	29.9	28.6	22.1	11.7	3.9	0.0

La tabla 5-4 (“NR” indica que el encuestado prefiere no responder) recoge la información sobre el número de chicos con el que el encuestado ha mantenido contactos. Las columnas muestran el número de contactos mientras que las filas indican la categoría que mejor caracteriza cada una de estas relaciones.

**Tabla 5-4: Número de chicos**

Categoría/Clase de contacto		0	1	2-3	4-6	7-10	>10	NR
1	No hay relaciones sexuales	294	30	58	35	8	61	31
2		266	38	70	39	17	57	30
3	Puede haber relaciones sexuales	255	59	90	41	19	23	30
4		302	45	62	33	21	25	29
5		370	31	37	17	13	21	28
6		434	15	15	7	7	12	27
7		475	7	4	1	1	2	27

Se señaló a los encuestados que “Las múltiples experiencias con un muchacho determinado se debían contabilizar como un solo contacto y que cada chico debía ser incluido únicamente en una categoría, aquella que en su opinión mejor tipificara la relación establecida.”

Dado que algunas de las categorías utilizadas para el número de contactos responden a un intervalo y que la categoría “>10” es abierta, no es posible establecer el número exacto de contactos totales. Una aproximación general podría oscilar entre un mínimo de 4400 a un máximo de 5400 o más. Sin embargo, en términos generales, aquellos que informaron del número de relaciones en los intervalos “7-10” y “>10” en las tipologías sexualmente activas, suponen alrededor del 25% de los encuestados y suponen más del 35% del total de contactos sexuales. Aquellos que, entre los sexualmente activos, informaron de un número de contactos entre las columnas “1” y “4-6” alcanzan un promedio de cerca de 3 contactos cada uno.

Mientras que muy pocos de los encuestados se identificaron a sí mismos en la Tipología 7, y únicamente en los grupos de edad más jóvenes, hay un significativo número de contactos de esta clase. Esto sugiere que, como ya ha sido mencionado en otro lugar,

cualquier individuo puede en ocasiones exhibir una conducta fuera de la tipología con la que en un principio se identifica.

La Tabla 5-5 describe las opiniones “sobre las leyes, su aplicación y los castigos que la sociedad utiliza actualmente” en relación a cada una de las tipologías presentadas. Se decidió combinar aquí las opiniones expresadas sobre las Tipologías 3, 4 y 5, dado que a los efectos de este ítem son prácticamente iguales, variando únicamente en el grado de iniciativa y voluntariedad por parte del muchacho.

**Tabla 5-5: Opinión sobre las leyes, su cumplimiento y los castigos.**

Categorías	3, 4 y 5	6	7
Completamente justas y apropiadas	6.7%	33.1%	71.9%
Moderadamente justas y apropiadas	6.9%	24.2%	12.5%
Algo justas y apropiadas	9.4%	12.1%	4.9%
Sentimientos encontrados	24.7%	15.3%	5.8%
Algo injustas e inapropiadas	16.5%	4.8%	1.0%
Moderadamente injustas e inapropiadas	15.5%	5.9%	1.5%
Completamente injustas e inapropiadas	20.4%	4.7%	2.5%

Los encuestados se mostraban claramente a favor de las actuales penas proporcionadas en aquellas conductas pertenecientes a la Tipología 7, pero se mostraban menos rígidos en lo que se refería a la 6ª. Sin embargo, para el resto de las clases 3, 4 y 5, más de la mitad consideraban que las medidas eran “injustas e inapropiadas” en mayor o menor grado, mientras que otro cuarto mostraba variados sentimientos que podrían girar en torno a las características particulares de cada situación individual.

**Tabla 5-6: Encuentros con la justicia.**

No he tenido problemas de ningún tipo	70.6%
Estuve bajo sospecha pero nunca se pusieron en contacto conmigo.	10.7%
Fuí interrogado pero no arrestado	7.2%
Fuí arrestado pero no fui llevado a juicio	1.5%
Fue enjuiciado pero no condenado	1.0%
Llegué a un acuerdo pero no fui condenado a prisión	2.6%
Fui condenado pero no entré en prisión	2.5%
Llegué a un acuerdo y estuve en prisión	1.8%
Fui condenado y estuve en prisión	2.1%

Si consideramos la muestra en su totalidad, alrededor del 88% de los participantes nunca habrían sido arrestados y un 9% habrían tenido que declarar ante el juez o habrían sido condenados. Menos de un 4% había llegado finalmente a estar en prisión. Sin embargo, considerando separadamente las tipologías que acogen a los sexualmente activos, desde la 3 hasta la 7, estos porcentajes no pueden ser establecidos de un modo preciso porque la auto-clasificación de los encuestados puede variar de una categoría a otra en las distintas edades. En cualquier caso, una visión de conjunto de los datos más relevantes nos indica que más de 9 de cada 10 de aquellos BPM que son sexualmente activos nunca han sido encarcelados y que casi 4 de cada 5 no ha tenido nunca un

encuentro con la ley. Si, como parece indicar la Tabla 5-3, un BPM sexualmente activo ha podido tener típicamente contactos con unos 3 chicos y si 1 de cada 5 que ha tenido problemas legales es acusado por sus relaciones con un sólo muchacho, ello supondría que más o menos 14 de cada 15 de esas relaciones permanecieron libres de toda interferencia exterior.

Aunque intensificadas en los últimos años, las actuales e inquisitoriales actitudes sociales a propósito de estas relaciones entre muchachos y hombres nos han acompañado durante más de una década, cubriendo el periodo en el que más de la mitad de los encuestados tenían 15 o más años de edad. A pesar de esta agresiva e inquisitiva persecución llevada a cabo por las autoridades y los medios, parece que la inmensa mayoría de las relaciones fueron conocidas únicamente por los dos principales implicados. Podría ser una conjetura razonable que los chicos, embarcados en su natural exploración de su desarrollo sexual, son desde bien temprano conscientes de la desaprobación social de este tipo de actividades. En consecuencia, y con toda probabilidad por el deseo de evitar conflictos y castigos más que como resultado de una artificial “vergüenza” como pretenden algunos, aprenden bien pronto a abstenerse de descubrir sus experiencias sexuales —especialmente aquellas con BPM— a cualquiera que pudiera reaccionar negativamente. Unos 2500 muchachos decidieron participar en este tipo de relaciones con Clarence Osborne a lo largo de un periodo de veinte años (Wilson, 1981), y ninguno de ellos presentó jamás ninguna denuncia por sí mismo.

La actual caza de brujas mediática y el estado del “pánico paidófilo” (Levine, 2002) favorecen un clima social en el que el desarrollo de investigaciones científicas racionales en este ámbito se ha convertido en algo realmente difícil. Un problema que se ve exacerbado por la inclusión de una amplia variedad de hechos en sí divergentes y sin una relación real entre sí bajo la misma categoría. Estas relaciones entre chicos y hombres merecen ser consideradas separadamente del tema de la “paidofilia”, una etiqueta que en primer lugar nunca ha sido definida de forma adecuada y certera como un término científico, y que, en segundo lugar, ha degenerado recientemente en un epíteto peyorativo. Es igualmente necesario ser conscientes de que no todos los BPM son iguales, así como el poner un énfasis todavía mayor a la hora de señalar que la denominada “paidofilia” y el *amor por los muchachos* son cosas esencialmente distintas. El verdadero abuso sexual infantil existe, y cuando se produce es reprehensible e injustificable. La mayoría de las conductas incluidas en la categoría 7 y algunas de la 6 pueden constituir un verdadero abuso, y estos incidentes son los que habitualmente los medios van pregonando como representativos de todas estas relaciones. Pero tanto el mundo académico como el público necesitan reconocer que estas malas conductas no pueden ser propiamente asumidas como representativas de todas las demás o incluso de la mayoría de las que realmente se dan entre los BPM; al menos no más de lo que el violador ocasional podría ser representativo de todos los heterosexuales.

Los 517 hombres que respondieron a esta encuesta no pueden ser desechados como psicópatas inadaptados; suelen ser por el contrario personas generalmente bien adaptadas, educadas, con trabajo y, por lo demás, ciudadanos corrientes que reconocen su atracción sexual por los chicos y que estaban lo suficientemente informados y preocupados sobre

estas cuestiones como para participar voluntariamente en esta investigación. Tal y como se señaló anteriormente, la mayoría no percibe las relaciones sexuales consentidas entre chicos y hombres como algo intrínsecamente negativo. Muchos de ellos se sienten frustrados y desconcertados al tratar de entender cómo lo que ellos sienten intuitivamente como relaciones normales y beneficiosas son por alguna razón malentendidas como anormales, nocivas y criminales por la sociedad.

Siempre ha habido —y siempre las habrá— personas que se aferran ruidosamente a un pasado ya anticuado y superado, que se resisten a la desmitologización del progreso social y que se prestan a rechazar los resultados de cualquier investigación científica que consideran inconveniente (e.g. Lilienfeld, 2002, Schlessinger, 1999, Spiegel, 2000, etc.). En cualquier caso, en las pasadas décadas la mayoría de las normas sexuales han pasado a ser mucho menos restrictivas y condenatorias a la par que las posiciones “morales” más etnocéntricas, “erróneamente” basadas en la religión, ideas políticas obsoletas, etc., han sufrido una falta de credibilidad al ser examinadas críticamente por la academia y por un público más amplio de miras. La sexualidad de los muchachos es uno de los pocos tabúes que permanecen y en los que estos anacronismos no han sido todavía suplantados por medidas de racionalidad y razón; por consiguiente se hacen esenciales tanto las investigaciones académicas y profesionales en profundidad (Oellerich, 2000), así como las discusiones científicas y públicas basadas en datos reales, de cara a desarrollar unas normas más realistas que reflejen más acertadamente la naturaleza intrínseca del ser humano. Lo que es más, la integridad científica requiere que los prejuicios del pasado sean puestos a un lado y que una actitud más abierta sea aplicada a la posibilidad de que las relaciones sexualmente expresadas entre muchachos y hombres adultos, si están libres de lo que Constantine (1981) describió como influencias sociales “psiconocivas” e iatrogénicas, puedan de hecho ser consideradas como benignas o incluso positivas, y no nocivas como se da por hecho en la actualidad. Existen muchos estudios descriptivos, analíticos, transculturales e históricos (e.g. Ford y Beach, 1951, Rind *et al.*, 1998, Percy, 1996, Sandfort, 1987, etc.) que sugieren este planteamiento.

## CAPÍTULO 6: LOCURA MEDIÁTICA, MITOLOGÍA Y PÁNICO PAIDÓFILO

Nuestros valores contemporáneos están basados en lo que se califica como el “sentido común”, la “opinión pública” y la “percepción general”, conceptos similares e incluso hasta cierto punto intercambiables, pero en cualquier caso casi invariablemente presentados y manejados por los medios de comunicación. En el caso de las relaciones con un componente sexual entre muchachos y hombres, estos medios parecen entender sólo una visión de los hechos: i.e. la de un “paidófilo” que ha “abusado” de un niño “víctima” que es terriblemente “dañado” por la experiencia y que está seriamente necesitado de una “terapia” urgente. El estereotipado monstruo paidófilo que ha abusado de ese niño debe, por supuesto, ser severamente castigado si la justicia está para ser cumplida y proteger a la sociedad. Pero dado que este paradigma excluye tanto como incluye, no se considera bajo ningún concepto la posibilidad de que el encuentro pueda haber sido consensuado, que el muchacho se vea a sí mismo no como una víctima sino como un participante voluntario o incluso iniciador, que no se vea a sí mismo como alguien dañado, que no desee ninguna intervención externa o que pueda no sentir la necesidad de ningún tipo de tratamiento.

Los periódicos, la televisión y otros medios de comunicación han dejado también mucho que desear a la hora de buscar e informar de forma diligente sobre la verdad objetiva y la realidad de los hechos cuando se acercan a algún incidente individual. La teoría del “daño” originado en los contactos consentidos entre un chico y un adulto, defendida por un amplio número de grupos radicales y autocomplacientes como una verdad que ha de ser universalmente aceptada, cuenta con la prioridad periodística a la hora de amoldarse a las preferencias percibidas en anunciantes y suscriptores. El crítico social Philip Jenkins (1998), describiendo el modelo victimológico del “abuso sexual infantil”, señala a “terapeutas y psiquiatras, administradores de justicia, grupos de mujeres, reformadores sexuales y libertarios y a moralistas tradicionales y conservadores” como aquellos que han promovido esta noción, considerando a los “medios de noticias y a la ficción popular o a las fuentes académicas y profesionales” como los medios por los que esta doctrina ha sido promulgada (Jenkins, 1998, p. 5).

En ningún otro lugar se ve este estereotipo más claramente reflejado que en la cadena americana de televisión NBC y en su popular serie “Atrapar a un predador” —*To catch a predator*—. En este programa se engaña, haciéndose pasar por adolescentes, a algunos hombres que tratan de establecer contactos a través de Internet con chicos o chicas adolescentes. Los adultos son presentados aquí como psicópatas inestables, fuera de control y altamente peligrosos (Salkin, 2006). La presentación del programa no ofrece ninguna indicación o advertencia sobre la posibilidad de que estas víctimas que caen en sus trampas puedan no ser típicas, dando a entender que todos los hombres que sienten atracción por los menores en general y por los chicos en particular están aquí representados. La falta de toda diferenciación y de todo intento por buscar un contrapunto en todas esas representaciones mediáticas puede ser interpretada como el resultado del pánico moral que subyace a todo este asunto desde las últimas tres décadas, además del intento de los medios para capitalizar este pánico a través del sensacionalismo.

En un sitio Web en Internet ([www.blmw.info](http://www.blmw.info)) existen referencias y links a unas 600 noticias sobre encuentros entre chicos y hombres adultos. Un examen de todos estos artículos indica que sólo unos pocos encuentros parecen informar de verdaderos actos de abuso y agresión, conteniendo en la mayoría de los casos escasa evidencia de que se trate de algo distinto a experiencias deseadas y consentidas por los muchachos. Habitualmente es la intrusión de los adultos en la relación del muchacho, debido a un descubrimiento casual de la misma o al inapropiado fisgoneo en sus asuntos privados, lo que precipita una investigación. Pero una vez que la policía y otras agencias oyen hablar de un “paidófilo”, sus bien conocidas técnicas de mano dura para extraer “confesiones” se ponen en marcha, y los muchachos son presionados para decir, bajo la más detestable coacción y en su desesperado esfuerzo por zafarse de la implacable presión, cualquier cosa que sus atormentadores deseen escuchar. Otra táctica utilizada con los chicos que se resisten a rendirse es la encubierta amenaza de la pública exposición de sus actividades “homosexuales” con un hombre, i.e. divulgando que ellos son “gays”. La policía y los medios tienden entonces a presentarse con el argumento de que el muchacho “se presentó” y “explicó” la relación cuando es mucho más probable que admitiera esa relación —o sencillamente repitiera lo que le habían dicho que dijera— simplemente para escapar de esas intimidaciones.

Ello implica que raramente veamos palabras como “voluntario” o “consentido” en las historias presentadas por los medios, recurriendo en su lugar a un surtido de términos peyorativos como predador, abusador, víctima, agresión, etc., que desfilan ante los lectores, mientras los compañeros adultos implicados en estas relaciones son la mayoría de las veces presentados como “monstruos” depravados (Wilson, 1981). En cualquier caso, estos hombres parecen estar más bien motivados por un elevado grado de empatía hacia los muchachos, una comprensión, reconocimiento y aceptación de su curiosidad sexual, a la que se suma su voluntad por satisfacer estos intereses. Apenas o ninguna evidencia es presentada que indique que estos hombres sean por otro lado excepcionales, aunque educadores, jóvenes trabajadores y otros profesionales tienden a estar sobre-representados. Pero incluso con las omisiones, los términos peyorativos o la desinformación empleadas por los medios, una lectura “entre líneas”, crítica y cuidadosa, nos permite habitualmente diferenciar los escasos incidentes “abusivos” de aquellos que son básicamente de naturaleza consensual.

La misma existencia de una aceptación prácticamente universal de la teoría del daño es sospechosa. En datos todavía no publicados de una investigación similar a la descrita en el capítulo 4, hay resultados que sugieren que un significativo porcentaje de personas no parecen estar de acuerdo con muchas de las afirmaciones de la victimología. En esa encuesta, 125 hombres y 49 mujeres respondieron a una invitación a participar ofertada en una serie de Grupos de noticias en la red, aleatoriamente escogidos. El formato consistía en presentar una serie de breves historias de hipotéticos encuentros sexuales que implicaban a muchachos, ya fuera con sus iguales, con chicos más mayores o con hombres adultos, contemplando varias combinaciones en la edad de los participantes así como en la iniciación de la actividad por el menor o por el adulto. Los encuestados respondieron a una serie de preguntas de respuesta múltiple para cada uno de esos escenarios descritos, evaluando así su percepción de varios aspectos de los hipotéticos encuentros, incluyendo

el grado de consentimiento, la probabilidad de un daño intrínseco y la necesidad de una implicación de los padres.

Entre un 62 y un 85% de los participantes consideraron que el consentimiento, al menos en un nivel "significativo", tal y como era definido en el cuestionario (3, en una escala de 1 a 5), había sido de hecho proporcionado por el miembro más joven de la relación. Este porcentaje variaba según la edad del adulto y la diferencia de edad entre ambos. También dependiendo de la situación y las edades, entre un 22 y un 65% consideraron que el daño intrínseco podría ser descrito como nulo o mínimo (2, en una escala de 1 a 5) en el caso de relaciones donde los miembros se llevaban al menos 5 años, aumentando este porcentaje hasta un 88% cuando ambos eran menores con un año de diferencia en su edad. Una vez más, dependiendo de la situación y de la edad, la valoración sobre la necesidad de la implicación de los padres o de terceras personas fue vista menos que "probable" (4, en una escala de 1 a 5) por entre el 22 y el 81% cuando uno de los participantes era un adulto mayor de edad, 86% cuando ambos participantes eran menores de edad y en un 87% cuando ambos menores eran de la misma edad. Observando estos hallazgos, la teoría victimológica del daño omnipresente no puede ser considerada como universalmente aceptada, y los medios no están informando de la verdad cuando señalan que "todo el mundo" comparte esta premisa.

Un modelo teórico para representar cómo piensa la gente sobre su mundo es el propuesto por Tetlock *et al.* (2003) donde señala que la gente tiende a actuar como científicos intuitivos tratando de comprender su mundo, o como economistas intuitivos cuando tratan de imaginar cómo obtener el mayor beneficio de una situación dada. En ese punto plantea que en ocasiones las personas desechan la racionalidad científica o económica a favor de un conformismo moral:

La gente normal a menudo se resiste a las prescripciones normativas de modelos basados en los marcos científicos y económicos intuitivos, incluso cuando estas prescripciones han sido cuidadosamente explicadas por ellos mismos. Nosotros defendemos que esta resistencia no debería ser siempre interpretada como el fracaso de una incorregible cerrazón mental. En ocasiones es más apropiado imaginar a las personas actuando no como científicos o economistas intuitivos, sino más bien como teólogos intuitivos que están tratando de proteger valores sagrados ante una amenaza secular. ... De acuerdo con este modelo de protección de valores sagrados, ciertas categorías de operaciones mentales son anatema y están prohibidas, dado que nos exigen asignar un peso limitado a valores que nuestra comunidad moral nos dice que deben ser tratados como absolutos, incuestionables y que exigen un compromiso incondicional. Sencillamente se entiende que la gente no piensa ciertas cosas y, tan pronto como se detecta que otros han roto el tabú, estos se convierten en objeto de la indignación moral (tal y como lo pueden ser incluso aquellos miembros del propio grupo moral que fracasan a la hora de censurar a los que violan el tabú, lo cual sería una metanorma para reforzar las normas). Y tan pronto como uno mismo siente que ha comenzado a desviarse por senderos mentales proscritos y ha comenzado a pensar en lo impensable, se supone que debes no sólo interrumpir esas ideas, sino también

purificarte moralmente: reafirmando tu compromiso con los valores compartidos y tu estatus como miembro reputado según el estándar moral de la comunidad. (p. 248)

La creencia moralmente fundamentada de que ciertas conductas sexuales son pecaminosas, desviadas y enfermas, es un constructo sociológico sin base en la biología o la naturaleza. Las conductas que son consideradas inmorales y desviadas en una cultura son practicadas y promovidas en otra (Ford y Beach, 1951). La cuestión esencial es si ciertas conductas son intrínsecamente nocivas para los implicados, ya sea física o psicológicamente, y no si la conducta se ajusta a cierto código antisexual y absolutista arbitrariamente establecido hace milenios.

La misopédica sexofobia que actualmente se manifiesta en la histeria denominada del “abuso sexual infantil” tiene una larga historia, empezando con el ocaso de la relativamente sexofílica era Greco-Romana y el subsiguiente ascenso de la sexofobia en la mitología Cristiana, que a su vez derivaba de la igualmente sexofóbica mitología Judía. Empezando con Pablo de Tarso, esta mitología asumió la posición de que la sexualidad era un mal que podía ser tolerado únicamente entre adultos si se daba con el propósito de la reproducción. Estas negativas actitudes hacia la sexualidad en la cultura Occidental fueron reforzadas por las enseñanzas de Agustín, obispo de Hipona, en el norte de África, que alrededor del 400 después de Cristo creó el mito del sexo como el “pecado original” e introdujo la noción de que este pecado es transmitido de generación en generación por el acto de la procreación (Crompton, 2003). Él creía que todo el sexo era pecaminoso y malvado porque pertenecía al mundo físico, no al espiritual. Sólo el sexo destinado a la procreación era tolerado a fuerza de necesidad, pero incluso la gente casada, no obstante, no debía supuestamente disfrutar de la experiencia. Este sistema de creencias extremadamente negativo sobre la sexualidad pasó a formar parte de la mitología cristiana, incluso con los reformistas protestantes como Calvino y Lutero, extrayendo sus ideas de Agustín, haciendo que la perversa guerra contra la sexualidad humana por parte de la Iglesia haya continuado sin descanso hasta nuestros días.

Con este antisexualismo firmemente establecido como un dogma fundamental de las creencias del Cristianismo, un amplio rango de mitos sexuales fueron impuestos en la sociedad a lo largo de los siglos posteriores por la Iglesia y otras instituciones sociales en un esfuerzo por erradicar las inclinaciones polimórficas de la sexualidad humana que se hallan al margen de la procreación. Por ejemplo, fue en cierto momento considerado que la masturbación infantil causaba enfermedad mental y desórdenes físicos en los niños. Los estadounidenses pasaron casi doscientos años tratando de eliminar estas conductas mediante el empleo de varias formas de castigos físicos y mentales antes de que se cayera finalmente en la cuenta de que la enseñanza de la culpa sexual era psicológicamente dañina. Permitir a los niños el fantasear sobre el sexo y el juego a los médicos es considerado actualmente como algo beneficioso, estableciendo una sana base psicológica libre de culpa y asociada a una grata vida sexual basada en el amor y el respeto mutuo.

Incluso con la descomposición de los seguidores de la mitología Cristiana en un sinnúmero de sectas, casi todos ellos mantuvieron la premisa de la maldad inherente a lo sexual de un modo u otro, e incluso más en lo que concernía a los niños. Estas falsedades sólo han ido

cediendo a regañadientes ante las nuevas ideas ilustradas, empezando muy lentamente a comienzos del siglo XX y acelerándose en su segunda mitad. La idea del sexo como un pecado monstruoso cuando se daba al margen del matrimonio legal y/o religiosamente sancionado es ahora mantenida únicamente por aquellos grupos más retrógrados y cortos de miras; las relaciones homosexuales consentidas entre adultos, si bien todavía encubiertamente —y a veces abiertamente— perseguidas, no son ya formalmente consideradas ni una psicopatología ni un crimen, e incluso la masturbación entre los jóvenes ha emergido del terreno de la demonización. El último vestigio de dos milenios de groseras represiones sexuales, la reliquia del “último tabú” que todavía no ha sido extirpado, es la de la sexualidad infantil y, más concretamente, la de ésta cuando es expresada en relaciones entre hombres y muchachos.

Teniendo en cuenta las supersticiones, religiones y otras muchas mitologías, la pseudo-disciplina de la victimología, sumada al beneficio motivado por la “industria del abuso sexual”, la demagogia de los políticos anhelantes de votos y a unos medios hambrientos de dinero que promueven y al mismo tiempo complacen una enfermiza mentalidad de linchamiento, no es de extrañar que la presente histeria del “pánico moral” (Jenkins, 1998) esté tan intensificada. Judith Levine (2002), en su capítulo titulado “La caza del hombre: el pánico paidófilo”, señala:

Es suficiente con escuchar la palabra *paidófilo* para que ciertas imágenes e ideas afloren en nuestra mente. Los paidófilos son predadores y violentos ... insaciables e incurables ... secuestran y asesinan niños ... y son legión, bien organizados y astutos. (pp. 22-23)

El problema con toda esta información sobre los paidófilos es que en su mayor parte es falsa, o está tan limitada que resulta de escasa utilidad como generalización. (p. 24)

Los paidófilos no son generalmente violentos ... (y) raramente utilizan la fuerza o causan daños físicos ... (p. 25)

Cuando consideramos los extremadamente diversos elementos que están indiscriminadamente entremezclados bajo la peyorativa etiqueta de la paidofilia, uno se siente inclinado a pensar en la jocosa calificación de un camello como un caballo de carreras por parte de una comisión. En el argot que parece estar actualmente en boga, habría que “deconstruir” este camello y examinar tanto sus componentes como a sus creadores, i.e., aquellos que, como Finkelhor (1981), originaron la teoría victimológica y los cimientos de la “industria del abuso sexual infantil”.

En primer lugar, incluso la palabra en sí se ha visto corrompida y maltratada. “Paidofilia” proviene del griego *paidos* (παῖς, niño o joven, sin especificar el sexo) y *philia* (φιλία, amor amistoso o afecto, que podría ser eros (ἔρως) si se refiere al amor físico o sexual) (Liddell, 1888). Luego la paidofilia es, desde un punto de vista etimológico, el amor no sexual por un niño o un joven —es decir, no lujuria sexual hacia un menor, tal y como ha sido corrompido el concepto en el uso actual. Cada padre, abuelo, tío y tía es —o al menos debería ser— un paidófilo.

Ahora vayamos al increíblemente amplio e indiscriminado uso de groseros trazos utilizados para dibujar la imagen de la paidofilia y del paidófilo en el uso actual de esos términos. Consideremos los siguientes dos escenarios:

(1) Un padre mantiene relaciones con penetración vaginal de forma forzada con su hijastra de ocho años. La pequeña niña intenta resistir y grita, pero o bien no es escuchada por nadie o se le ignora. Sufre, tiene dolor y está sangrando. Intenta huir desesperadamente, pero no logra escapar del tormento y su trauma es repetido una y otra vez. Sólo es capaz de acabar finalmente con este terrible abuso años después cuando deja el hogar. Esta sería una composición a partir de varios incidentes que he podido leer o escuchar.

(2) Un niño completamente vestido frota insistentemente su área genital contra la rodilla de un primo suyo bastante más mayor, y éste le responde haciéndole cosquillas en la entrepierna. El niño sonríe y se ríe tontamente, para volver más tarde y decir “¡Hazlo otra vez, me gusta!” Ante la invitación del niño, el juego continua durante un tiempo y, en un momento dado, logra persuadir a su primo para que le masturbe hasta el orgasmo. Estas y otras relaciones sexuales consentidas se producen de vez en cuando durante años, pero gradualmente van desapareciendo por acuerdo mutuo cuando el muchacho llega a la mitad de su adolescencia. El chico acaba la universidad, se casa y tiene una profesión, una familia y una vida estable y feliz. Él y su primo han conservado su amistad y ambos guardan afectuosos recuerdos de su “secreto”. Algunos detalles han sido cambiados y otros omitidos para proteger el anonimato, pero esta es la esencia de una historia que me consta que es cierta.

A ojos de los victimólogos, para la “industria del abuso sexual infantil” y lamentablemente también para la ley, los dos hombres de estas historias son “paidófilos” y ambos escenarios incluyen a un “perpetrador”, una “víctima” y un “abuso sexual infantil”. Ambos casos podrían ser perseguidos con igual vigor en la mayoría —si no en todas— de las jurisdicciones y ambos desembocarían en sentencias draconianas. En el primer escenario, este castigo podría, a partir de un mero examen superficial de los hechos, estar más que justificado. Sin embargo en el segundo, la interferencia podría ser sin duda traumática para el muchacho y destructiva para su familia extensa. Podría haber significado el envío del primo a prisión por décadas, si no por el resto de su vida, además del consiguiente sentimiento de culpa para el chico, sin duda traumático, y posiblemente el descarrilamiento de sus proyectos educativos, académicos y maritales.

Más de un adulto, joven o maduro, implicado en nada más que —y a menudo considerablemente menos— lo descrito en el segundo escenario está en la actualidad cumpliendo una sustancial condena en prisión que, aparte de la más que cuestionable indeseabilidad social de estos hechos, no tiene ninguna justificación en absoluto en un asumido pero no demostrado daño causado supuestamente por esta relación. La evidencia, estudio tras estudio (e.g. Bernard, 1985; Rind et al, 1998; Sandfort, 1987, 1992; Wilson, 1981, etc., etc.), indica que es mínimo, si es que lo hay, el daño causado a un chico por una relación sexual consentida con un hombre más mayor. Luego si el chico finalmente resulta dañado, es más probable que lo haya sido por la inapropiada y

exagerada reacción de los padres, los profesores, las fuerzas de la ley, los servicios de counselling, etc., que por la relación en sí (Constantine, 1981).

En los capítulos precedentes hemos tenido noticia de varones que tuvieron relaciones sexuales con hombres adultos durante su niñez y adolescencia, y la gran mayoría de ellos valoran estas experiencias como benignas o positivas. Hemos sabido de hombres que reconocen sentirse atraídos sexualmente por muchachos y la mayoría de ellos eran completamente célibes por razones personales o por tabúes sociales. Igualmente la mayoría de aquellos que habían cooperado, o que podrían hacerlo, con un niño en sus experimentaciones y juegos sexuales, lo hacen sólo a partir de la invitación del niño o de su activa participación. Hemos oído hablar de personas que en porcentajes más que significativos no aceptan la teoría universal del trauma. La pregunta es entonces, en el contexto de los hechos demostrables, cuando autores como Levine (2002) y otros muchos han demostrado la inocuidad de las relaciones consensuales entre niños y personas adultas, ¿por qué permanece vigente este estado mediatizado de morboso linchamiento e histeria sobre la sexualidad infantil?

## CAPÍTULO 7. LA SOMBRA DE PLATÓN.

### La relación entre la homosexualidad adulta y el amor por los muchachos.

Este capítulo no es bajo ningún concepto un ataque contra la comunidad “gay” ni una condena de las prácticas sexuales entre hombres adultos. Tampoco es un lugar donde políticos intolerantes, religiosos radicales ni homófonos de cualquier tipo vayan a encontrar apoyo para sus campañas de odio e histeria contra los gays. Lo que a va a ser aquí analizado son los principios que subyacen a las prácticas homosexuales, su fuente y sus orígenes.

Hasta mediados del siglo XX toda referencia a una homosexualidad activa y abierta era algo relativamente desconocido en la mayor parte del mundo. Había algún que otro indicio aquí y allá, pero fue sólo a finales de los años cincuenta y sesenta cuando la homosexualidad emergió ante la conciencia pública. Desde ese momento algunos aspectos de la cultura gay —como, por poner el ejemplo más reciente, el tema del “matrimonio” gay— han estado constantemente en los medios. Es prácticamente imposible conocer con un cierto grado de precisión la verdadera amplitud de la “comunidad gay”, pero hay un número suficiente de activistas para dar al menos la impresión de la existencia a lo largo de toda la nación y del mundo entero de un gran número de hombres homosexuales activos. Otra difícil cuestión es saber si el movimiento gay ha superado su cúspide, si el número de nuevos “convertos” está decreciendo o si el movimiento en sí está comenzando a disminuir. Los activistas gays afirmarán que el movimiento está vivo y creciendo, pero un reciente e infructuoso intento de obtener datos empíricos dio como resultado sólo unos pocos informantes y una preponderancia de hombres mayores.

Si la homosexualidad masculina es, como defienden los activistas gays, una orientación sexual distinta y común, ¿cómo es posible que pasara prácticamente de la total oscuridad a la actual preeminencia social en las pocas décadas transcurridas desde la segunda Guerra Mundial? O, por decirlo de otro modo, si es ésta una orientación sexual que evolucionó con la raza humana, ¿por qué y cómo es que ha estado aparentemente casi invisible hasta la segunda mitad del pasado siglo? ¿Dónde ha estado escondida? Si aplicamos únicamente la más modesta de las estimaciones sobre los hombres que afirman ser homosexuales a nivel nacional o mundial, la cifra puede llegar a ser de decenas de millones. Incluso bajo las religiones y los regímenes culturales más represivos parece imposible que estas multitudes hayan permanecido prácticamente inadvertidas generación tras generación, siglo tras siglo.

Existen libros y sitios Web dedicados a temáticas como “Hombres gays...que enriquecieron el mundo” (Cowan, 1966) o la “Historia gay de América” (Katz, 1976). Pero en realidad el registro histórico general tiene relativamente poco que decir a propósito de la homosexualidad masculina adulta, y la gran mayoría de los ejemplos propuestos resulta que se refieren a relaciones entre muchachos prepubescentes o adolescentes y hombres adultos, no entre dos hombres adultos. Por el contrario, la historia abunda sin embargo en muestras de relaciones con elementos sexuales entre adolescentes y muchachos jóvenes con hombres adultos; existen numerosos ejemplos bien documentados desde la Grecia

clásica (Percy, 1996) pasando por Wilfred Owen (Hibberd, 1986) hasta llegar a los tiempos actuales (Davidson, 1988), por mencionar sólo unos pocos.

Al considerar la experiencia gay, debe uno tener en cuenta que existen un infinito número de variables y que sólo es posible establecer generalizaciones si hablamos en términos muy amplios. El encuentro gay pasajero, de “una noche”, no es el foco de esta discusión. Aquí nos interesan aquellas otras relaciones que al menos tienen la potencialidad de la permanencia. Nos podríamos interrogar por ejemplo sobre la supuesta “igualdad” de la relación homosexual, i.e. si es una relación de iguales o si existe, al menos en cierto grado, un compañero “dominante” y otro “sumiso” en una relación que es en esencia desigual, pero en cualquier caso aceptable para ambas partes y en especial para aquel que acepta el rol sumiso.

Mientras que la gran mayoría de las relaciones con un componente sexual son por naturaleza desiguales, pueden en cualquier caso ser complementarias y viables. Cada miembro de la relación asume una función distinta, desempeña un papel particular y ambos pueden, con suerte, complementarse mutuamente. Pero incluso dentro de este paradigma, existe una amplia variedad de extremos que van desde el casi total igualitarismo hasta una gran dominación de un miembro de la relación sobre el otro. El grado en que cada miembro interpreta y acepta su rol es algo fundamental, así como si el más dominante expresa su poder de forma benigna o arrogante.

La heterosexualidad tiene el propósito obvio y el fin de la reproducción, necesaria para la continuación de la raza humana. Pero la homosexualidad masculina adulta no parece responder a ninguna necesidad social general o propósito, lo cual es una razón más para plantearnos preguntas críticas sobre la explosión de la visibilidad gay en la segunda mitad del pasado siglo. ¿Es posible que la capacidad para la homosexualidad masculina adulta haya estado presente a lo largo de toda la historia conocida pero que sólo haya sido expresada raramente hasta muy recientemente? Esto parece bastante improbable, cuando las otras grandes opciones sexuales —heterosexualidad y paidosexualidad— han sido visibles en un grado mayor o menor en todas las culturas y sociedades a lo largo de toda la historia.

Una hipótesis sería que la homosexualidad masculina sea en realidad una paidosexualidad masculina —un “amor por los muchachos”— desplazada y sublimada, en la que una parte asume el rol del “joven amado” y la otra el de “amante/mentor”. Este otro tipo de amor homosexual entre adultos, en esencia vicarial y no igualitario —y que algún bromista ha calificado como *un amor por los muchachos* “fossilizado”—, podría proporcionar a cada uno de los miembros de la relación una experiencia *sustitutiva* de aquel tipo de vínculo que o bien buscaron en su niñez y no encontraron o que desearían tener en la actualidad pero que no pueden por las actuales restricciones legales. Estas motivaciones ocultas pueden tal vez no ser reconocidas, incluso pueden ser negadas o reprimidas. Desde esta perspectiva, nos podemos preguntar: ¿es posible que la homosexualidad masculina adulta sea únicamente la sombra de Platón mientras que el amor sexualmente expresado entre niños varones y hombres adultos sea la sustancia que hay tras esa sombra?

En el proceso de evolución los cambios físicos o sociobiológicos en un organismo son instituidos por mutaciones al azar; sin embargo, los modos en que estos cambios se expresan en cada individuo, su "fenotipo", son igualmente afectados por el entorno. Para que un rasgo físico o sociobiológico persista en una población general, su "genotipo", es necesario que existan ventajas que incrementen la probabilidad de que sus portadores se reproduzcan exitosamente, i.e., debe ser "adaptativo" para ser "seleccionado". O al menos este rasgo no debe suponer una desventaja en términos reproductivos.

La homosexualidad masculina, tanto si sostenemos que se trata de un rasgo genético o de uno sociobiológico, no cuenta con estas ventajas reproductivas. De hecho, dado que existe una imposibilidad para la reproducción entre dos hombres, estos rasgos deberían ser intensamente "descartados" y por lo tanto eliminados rápidamente del acervo genético. Así pues, la homosexualidad masculina, si bien considerada por muchos como una orientación legítima que proporciona beneficios emocionales y sensoriales para los que la practican, debería ser ampliamente considerada desde un punto de vista evolutivo, al igual la proverbial mula, como algo "sin orgullo de descendencia o esperanza de posteridad."

Por supuesto que es también posible que algunos genes extremadamente recesivos de la homosexualidad existan expresándose sólo raramente en un individuo. Ha existido alguna discusión al respecto en círculos científicos sobre las diferencias en el "cerebro gay" y la posibilidad de que existan uno o más "genes gays". Pero esto supondría que, a pesar de la represión o la persecución, debería haber existido un porcentaje razonablemente estable de homosexuales en la población masculina adulta durante milenios. Sin embargo, no existe evidencia histórica de que éste haya sido el caso, con esa expansión exponencial que sólo ha tenido lugar aparentemente en la segunda mitad del pasado siglo.

Podría ser también argumentado que los hombres y las parejas gays contribuyen de algún modo a la supervivencia y el éxito social, aunque consuman recursos sin descendencia. Pero estas contribuciones no son aparentes. ¿Qué podría aportar un individuo o una pareja homosexual a las necesidades básicas de una cultura que no pudiera ser hecho igualmente bien por uno o más hombres heterosexuales o una pareja heterosexual? Algunos han señalado que los hombres gays han estado ampliamente presentes en el mundo del teatro y otras expresiones artísticas, pero ¿no podría esto simplemente reflejar una cierta propensión en los gays a la "representación" del mismo modo que su supuesta homosexualidad bien podría ser una simulación?

A la inversa, sin embargo, la atracción sexual de los muchachos hacia los hombres adultos puede ser adaptativa desde un punto de vista evolutivo (Feierman, 1990). En tiempos prehistóricos es probable debido a la violencia, la enfermedad, la malnutrición y a una esperanza de vida considerablemente más corta de lo que hemos considerado "normal" durante los últimos dos siglos, que muchos niños se encontrarán a sí mismos sin unos padres o guardianes eficientes. Un muchacho en esta situación, siendo inteligente, atractivo y sexualmente andrófilico (Vanggaard, 1969) podría tener una mayor probabilidad de entrar en contacto con un hombre adulto cuya sexualidad incluyera un

componente paidosexual y que pudiera proporcionarle protección, sustento y enseñanza de las habilidades necesarias para sobrevivir.

Algunos estudios han identificado este interés sexual secundario por los muchachos en un 20-30% de los hombres que se consideran heterosexuales (Freund, 1970; véase también Briere y Runtz, 1989, Quinsey, 1984, West, 1980, etc.). Tendencia que no debería ser descartada dado que sus portadores son primariamente heterosexuales y sólo secundariamente paidosexuales. No hay razón para creer que estos porcentajes no fueran similares en tiempos prehistóricos y que, en ausencia de los actuales tabúes, no pudieran desarrollarse sin impedimentos estas benéficas relaciones entre hombres y muchachos. Esta sexualidad andróflica juvenil de los muchachos sería típicamente suplantada por una heterosexualidad con la llegada de la madurez, pudiendo traspasar sus genes y pudiendo por lo tanto conservar ambos rasgos en la reserva genética.

Si estas relaciones con un componente sexual entre hombres y muchachos no fue estigmatizada en la prehistoria, hipótesis planteada en el párrafo precedente y evidenciada en su aceptación en la historia antigua (Percy, 1996) o en estudios transculturales más recientes (Ford y Beach, 1951), y si estos muchachos y hombres adultos no vieron afectado apenas o nada su potencial reproductivo, podríamos comprender la conservación de este rasgo en el genotipo humano. Sólo cuando la desaprobación cultural y religiosa, así como la criminalización y la demonización, han forzado a la clandestinidad estas relaciones consensuadas, podría haber existido una causa para el desarrollo de una forma longitudinalmente desplazada y sublimada de este “amor por los muchachos” que podría ser el origen de lo que hoy conocemos como homosexualidad.

Los hombres adultos podrían haber tenido una mayor habilidad para conservar invisibles los aspectos sexuales de sus relaciones sustitutivas, lo cual, junto a la invisibilidad de la mayoría de las existentes relaciones sexuales entre hombres y muchachos, podrían haber creado la ilusión de que el amor por los muchachos era raro y que la homosexualidad adulta era prácticamente inexistente. Fue sólo con la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX que lo que bien podría ser una mera forma vicaria del amor por los muchachos emergiera a la conciencia humana y naciera el movimiento de “liberación gay”.

No obstante, en lo que concierne al estilo de vida gay y a sus aspiraciones de reconocimiento civil, el conocimiento y la aceptación de este origen no tiene por qué ser un problema. No importa el grado de racionalización o el absoluto engaño que uno pueda atribuir a “amantes de los muchachos” frustrados o a muchachos “insatisfechos” en su deseo de ser amados que se ven a sí mismos como homosexuales; no hay excusa para negar a estas personas el derecho a vivir su vida como ellos lo deseen, dado que no existe un efecto negativo real —en contraposición al culturalmente imaginado— en el resto de las personas.

Probablemente, no obstante, no existe una razón aceptable para continuar con el refutado mito de que las relaciones sexuales consentidas entre muchachos y hombres más mayores son intrínsecamente nocivas, o que estas relaciones conducen o favorecen la

homosexualidad en la etapa adulta. ¿No es una hipótesis razonable que si la actual histeria sobre estas relaciones no existiera habría, por un lado, un menor número de hombres y muchachos frustrados y que, por otro, la incidencia de la supuesta homosexualidad masculina adulta decrecería significativamente?

## **CAPÍTULO 8: RECTIFICANDO NUESTROS ERRORES**

### **Hacia la verdad, la comprensión y la aceptación**

Durante unos siete años el foro de Internet “SafeHaven” ha acogido serias y respetuosas discusiones sobre diversas cuestiones a propósito de las relaciones sexualmente expresadas entre chicos y hombres adultos. Lamentablemente, este foro fue interrumpido en el año 2005 cuando la actual histeria pública y mediática hizo acto de presencia, reduciendo la participación a unos niveles que hicieron absurda su existencia. Uno de los proyectos de este foro fue la generación dialéctica de la siguiente declaración:

La filosofía del amor responsable por los muchachos.

Esta filosofía tiene como premisa fundamental el principio de que en cualquier relación entre un muchacho y un hombre maduro, sea expresada sexualmente o no, los legítimos intereses del muchacho tienen preferencia sobre los intereses de su amigo de mayor edad.

Este tipo de amor implica una relación entre un chico, interesado en un vínculo de íntima y estrecha amistad con un muchacho más mayor o con un hombre adulto cuyo amor por el chico abarca tanto el disfrutar de la compañía del muchacho como el deseo de proporcionarle un entorno de amistad, consejo y cuidado. La naturaleza, vitalidad y duración de estas relaciones, así como la extensión del cuidado y la amistad, vienen determinadas por el consentimiento mutuo, siendo siempre prioritarios los deseos del muchacho. La relación también incluye una definida atracción erótica hacia el menor por parte del adulto, pudiendo incluir un deseo de experimentación sexual, exploración, juego y gratificación por parte del más joven. En cualquier caso es un principio fundamental de este tipo de relaciones que cualquier expresión sexual de tipo físico es sólo aceptable con la apropiada edad y capacidad de comprensión, deseo y consentimiento por parte del muchacho implicado. No obstante, ambas partes deben tener en consideración y de forma muy cuidadosa que cualquiera de estas expresiones físicas, no importa que sean completamente consentidas, son considerados actos criminales bajo los sistemas legales actuales en la mayor parte del mundo.

Creencias erróneas más comunes: El amor responsable hacia un muchacho no incluye, defiende ni en ningún caso tolera la actividad sexual no consentida. Esto implica no excusar o justificar cosas tales como los intentos por seducir a un muchacho claramente no interesado en ella, así como la corrupción o el hostigamiento en cualquiera de sus formas. Aquellos que suscriben esta filosofía de amor hacia los muchachos se sienten tan afectados por estos crímenes como cualquier otro; o incluso quizás más, dado el amor que sienten por todos los muchachos y el dolor que sienten cuando uno de ellos es molestado, violado o asesinado. El público y los medios parecen conocer sólo una palabra cuando hay un contacto sexual entre un muchacho y un hombre mayor: el desagradable y peyorativo adjetivo del “paidófilo”. Pero el uso actual de este término parte de una total corrupción de su significado original, siendo una maliciosa creación de

académicos desencaminados, religiosos radicales, feministas malintencionadas y políticos prejuiciosos, siendo de este modo un concepto inaceptable para un amplio porcentaje de hombres que aman a los muchachos.

Dada la inexistencia de una investigación realmente sólida que fundamente la victimológica hipótesis del “daño”, y dadas las evidencias y comentarios en contra de la existencia de un daño intrínseco supuestamente presente en este tipo de relaciones entre hombres y muchachos, es difícil de entender por qué esta teoría sin base permanece vigente. La única excusa para su permanencia son la ignorancia, el miedo, el odio, las agendas políticas interesadas, las ideas religiosas y otras muchas supersticiones de sus defensores y afines. No obstante, si definimos la ignorancia como una falta de conocimiento en una determinada área, como Richard Dawkins apuntó, diríamos que “La ignorancia no es un crimen. Llamar a alguien ignorante no es un insulto. Todos somos ignorantes en la mayor parte del saber. ... Si le digo a alguien que es ignorante [en un determinado tema], al mismo tiempo le estoy haciendo el cumplido de decirle que no es estúpido...” (2007, p. 89). Las buenas noticias son que la ignorancia puede ser remediada y que sólo degenera en estupidez cuando el conocimiento es voluntariamente rechazado en una determinada área que está siendo discutida.

Los chicos prepubescentes y adolescentes necesitan sentirse queridos, aceptados y amados, no sólo por su familia, en quienes estos sentimientos se consideran normales y esperados, sino también por parte de otros, incluyendo a sus iguales y a otros adultos. Para ellos es de gran importancia la atención recibida por parte de hombres mayores con los que no tienen una relación de parentesco y que no están obligados —como es el caso de los maestros por ejemplo— a dedicarse al muchacho, sino que lo hacen por un genuino deseo e interés hacia él. Estas relaciones, en las que el muchacho también siente que no está obligado a nada y que tiene el derecho a consentir o a no hacerlo, con frecuencia van más allá de un cierto tipo de acuerdo y se transforman en un tipo de vinculación que es realmente una forma de amor, pudiendo llegar a ser una de las experiencias psicológicas más positivas y beneficiosas en la vida del muchacho, de gran valor de cara a su salud psicológica (Prescott, 1975). No debería sorprender que este tipo de relaciones íntimas puedan llegar a convertirse en relaciones con un componente sexual, un paso vivido como algo natural y propio de esa unión emocional, y entendemos que esas relaciones sexuales sean lógicamente consentidas por ambos, un consentimiento también como algo consustancial al amor que uno siente por el otro. En las culturas en las que los chicos no tienen prohibida su sexualidad (Ford y Beach, 1951), es claro que ellos necesitan, desean y entienden el sexo como una expresión de amor. Se trata de un deseo sociobiológicamente heredado, intrínseco e instintivo, y por lo tanto implícitamente consentido por parte del niño.

La actual y maliciosa tendencia a privar a los chicos de su derecho a su propia sexualidad no puede sino crear un daño intenso y dramático en su desarrollo psicosexual, así como alimentar la violenta naturaleza de los adolescentes de hoy en día (Prescott, 1975). Citando de nuevo a Calderone (1979), “*¿Qué tipo de atormentado y silencioso infierno existencial es éste al que relegamos a nuestros niños desde sus primeros recuerdos? ¿Puede*

alguien ser capaz de vivir esta experiencia sin que se vea afectada su sexualidad?" (p. 6). Adicionalmente, Judith Levine (2002) nos dice:

El sexo no es nocivo para los niños. Es un vehículo de autoconocimiento, amor, salud, creatividad, aventura e intensos sentimientos de vitalidad. Existen muchas formas por las que los niños, incluso los más pequeños, pueden vivirla. Nuestra obligación moral para con la próxima generación es el construir un mundo en el que cada niño pueda participar de forma segura, un mundo en el que las necesidades y deseos de cada niño —de logros, de sentirse conectados con otras personas, de dar significado a su mundo y de placer— puedan ser maravillosamente satisfechos. (p. 225)

Si estamos de acuerdo en que los actuales tabúes sobre la sexualidad infantil en general, y más específicamente sobre las relaciones consentidas entre chicos y hombres, son erróneas y nocivas, la cuestión que se nos plantea necesariamente es qué podemos hacer para rectificar esta situación. Harris Mirkin (1999) aborda el actual estado de la cuestión:

Existen dos fases en la evolución de toda política sexual. La primera consiste en una lucha para eludir el enfrentamiento y evitar que ciertas cuestiones puedan ser consideradas políticas y negociables. ... La segunda fase se asemeja más a la política tradicional en la que diferentes grupos discuten sobre sus derechos y privilegios. ... [El amor responsable por los muchachos] se encuentra en su primera fase. (p. 1, abstract)

En este artículo desarrollaré un modelo de política sexual ... que será luego utilizado para clarificar la actual situación política de [el amor por los muchachos] ... Las cuestiones sexuales ... han sido las que más frecuentemente han provocado la suspensión o disminución de las reglas constitucionales, de la política normal y de los principios recogidos en la Carta de derechos.<sup>2</sup> ... Las posturas con poder en el ámbito de la sexualidad son ferozmente mantenidas, mientras que los grupos marginados ... cuentan con una escasa protección política. (pp. 2-3)

Esencialistas, fundamentalistas y defensores de una Ley Natural afirman que sus categorías reflejan una subyacente realidad física o moral... Los constructivistas sociales y los multiculturalistas argumentan que estas categorías son creaciones sociales, y que las concepciones realistas simplemente protegen a los sexualmente privilegiados. ... [con lo que] el concepto de abuso sexual es una moderna creación cultural y de clase. (p. 4)

Durante las luchas desarrolladas en la primera fase se conserva un poderoso consenso emocional e intelectual sobre las cuestiones del sexo y del género. Los disidentes sexuales (desviados) no son escuchados por la sociedad y tampoco son conscientes de sí mismos como un grupo con derecho a establecer sus demandas políticas. ... Los miembros del grupo subordinado comienzan a identificarse los unos con los otros y a pensar en sí mismos como oprimidos más que como malvados o inferiores. ... Los grupos discuten como si pudieran forzar a la sociedad dominante a

---

<sup>2</sup> N. del T. Término por el que se conocen las diez primeras enmiendas de la Constitución de los Estados Unidos de América.

cambiar, [pero] los débiles no pueden simplemente quedarse con el poder de los fuertes... (pp. 5-6)

En este punto se produce un pre-debate. Los grupos dominantes niegan que exista nada por discutir... Los disidentes son rechazados como "radicales", "locos", "malvados" u objetos de "culto". ... El grupo subordinado es percibido como nihilista y afilados límites son establecidos entre sus palabras y escritos en los terrenos que ellos sienten como molestos, pornográficos, peligrosos para el orden social y seductores de los inocentes. ... Los mundos sexuales prohibidos son retratados como áreas habitadas por psicópatas y criminales... Los intentos para contrarrestar esta propaganda con información más realista ... se enfrentan con la censura y se producen continuas batallas ideológicas... (p. 7)

La psicología ha sido el principal espacio para las disputas sobre la normalidad... [y] ha funcionado casi siempre como defensora de la ideología dominante. ... Los temas son planteados en términos de naturaleza y de un bien o un mal absolutos. La discusión real de [el amor responsable por los muchachos], en contraposición a la condena sistemática, es prácticamente inexistente. (pp. 10-12)

Es obvio que aquellos que quisieran defender la emancipación sexual de los chicos de este "último tabú" se han de enfrentar a la casi aplastante oposición de los victimólogos, sumada a la muy beneficiosa y bien consolidada industria del abuso sexual infantil, además de a diversas supersticiones, incluyendo a la mayoría de las religiones organizadas, a políticos autocomplacientes y a los igualmente autocomplacientes e interesados medios de comunicación. Contra este formidable despliegue la única arma con la que cuentan los activistas para combatir esta ignorancia autoimpuesta por los ya mencionados individuos y grupos, es la verdad objetiva sostenida en los hechos empíricos. Qué duda cabe que se trata de una batalla desequilibrada, pero no más que otras batallas del pasado que fueron ganadas, como aquellas que tuvieron lugar con la masturbación, el sexo pre- y extramarital o la homosexualidad. En ellas una arraigada ignorancia fue superada por el conocimiento, a la par que el miedo y el odio debilitados mediante la verdad que sustituyó y transformó la ignorancia subyacente. Dado que la actual represión sobre el derecho de los muchachos a su propia sexualidad está tan escasamente fundamentada y resulta tan onerosa como aquellos otros tabúes que han sido exitosamente eliminados, la cuestión no es tanto la de "si" este último tabú debe ser igualmente extirpado, sino el cómo hacerlo pronto.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

American Psychological Association (1989) Amicus curiae brief to the United States Supreme Court, Nos. 88-805, 88-1125, and 88-1309.

Asch, S., (1955) Opinions and Social Pressure. *Scientific American*, 193, pp. 31-35.

Baron, R., Vandello, J., Brunzman, B. (1996) The forgotten variable in conformity research. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, pp. 915-927.

Bender, L. and Blau, A. (1937) The Reaction of Children to Sexual relations with Adults. *American Journal of Orthopsychiatry*, 7, pp. 500-518.

Bernard, F. (1985) *Paedophilia: a factual report*. Rotterdam: Enclave.

Briere, J. & Runtz, M. (1989) University Males' Sexual Interest in Children. *Child Abuse & Neglect*, 13, pp. 65-75.

Calderone, M. (1979) Parents and the Sexuality of their Children. *SIECUS Report* VIII (2).

Constantine, L. & Martinson, F. (1981) Child Sexuality: Here There Be Dragons. In *Children and Sex*, Boston: Little, Brown and Company.

Cowan, J (1996) *Gay Men and Women Who Enriched the World*. Los Angeles, Alyson.

Crompton, L. (2003). *Homosexuality & Civilization*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University.

Davidson, M. (1988) *Some Boys*. Swaffham, UK, GMP.

Dawkins, R., (2007) Should Science Speak to Faith? *Scientific American*, 297 (1) July 2007, pp. 88-91.

Dineen, T., (2000) *Manufacturing Victims*. Montreal, Robert Davies.

Duffy, M. (2002) Methodological Issues in Web-based Research. *Journal of Nursing Scholarship*, 34 (1), pp. 83-88.

Feierman, J. (1990) *Pedophilia: Bio-social Dimensions*. New York: Springer-Verlag.

Finkelhor, D. (1979) *Sexually Victimized Children*. New York: Free Press.

Finkelhor, D. (1981) The Sexual Abuse of Boys. *Victimology* (6), pp. 76-84.

Finkelhor, D. (1984) *Child Sexual Abuse*. New York: Free Press.

Ford, C. and Beach, F. (1951) *Patterns of Sexual Behavior*. Harper & Brothers.

Freund, K. (1970) The Structure of Erotic Preferences in the Nondeviant Male. *Behavior Research and Therapy*, 8, pp. 15-20.

Hare, E. H. (1962). Masturbatory insanity: the history of an idea. *Journal of Mental Science*, 108, pp. 1-25.

Hibberd, D. (1986) *Owen The Poet*. London. Macmillan.

Jenkins, E (1998). *Moral Panic: Changing concepts of the child-molester in modern America*. New Haven, CT: Yale University Press.

Katz, J. (1976) *Gay American History*. New York, Crowell.

Levine, J. (2002) *Harmful to Minors*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Liddell, H. (1888) *Greek-English lexicon*. New York: American Book Company.

Lilienfeld, S (2002) When Worlds Collide. *American Psychologist*, 57 (3) pp. 176-188

Martin, Y. (2003) *Sex-case brothers asked to return*. Press, Christchurch, New Zealand, July 23, 2003.

Mattick, J. (2004) Program of Complex Organisms. *Scientific American* 291 (4) October 2004, p. 61.

Menninger, K. (1942) *Love against Hate*. New York: Harcourt, Brace, & World.

Mirkin, H. (1999) The Pattern of Sexual Politics. *Journal of Homosexuality* 37 (2), pp. 1-24.

Mirkin, H. (1999a) The Prohibited Image: Child pornography and the First Amendment. In Elias, J., Elias, V., Bullough, V., Brewer, G., Douglas, J., and Jarvis, W. (Eds.) *Porn 101: Eroticism, Pornography, and the First Amendment*. Amherst, NY: Prometheus.

Money, J. (1988). Commentary: current status of sex research. *Journal of psychology and human sexuality*, 1, pp. 5-15.

Oellerich, T. (2000). Rind, Tromovitch, and Bauserman: Politically Incorrect, Scientifically Correct. *Sexuality & Culture*, 4 (2) pp. 77-79.

Okami, P. (1991) Self-Reports of "Positive" Childhood and Adolescent Sexual Contacts with Older Persons: An Exploratory Study. *Archives of Sexual Behavior*, 20 (5) pp. 437-457.

Okami, P. (1997) Sexual Experiences in Early Childhood: 18-Year Longitudinal Data from the UCLA Family Lifestyles Project. *Journal of Sex Research*, 34 (4), pp. 339-347.

Percy, W. (1996). *Pederasty and Pedagogy in Archaic Greece*. Chicago: University of Illinois Press.

Prescott, J. (1975) *Body Pleasure and the Origin of Violence*. *The Futurist*, IX (2).

Quinsey, V. (1984) Men Who Have Sex with Children. In Weisstub, D. (Ed.) *Law and Mental Health* (Volume 2), New York: Pergamon.

Rhodes, S., Bowie, K., Hergenrather, K. (2003) Collecting behavioral data using the world wide web: considerations for researchers. *Journal of Epidemiological Community Health*, 57, pp. 68-73.

Riegel, D. (2004) Effects on Boy-Attracted Pedosexual Males of Viewing Boy Erotica. *Archives of Sexual Behavior*, 33(4), pp. 321-323.

Riegel, D. (2005) "Abused to Abuser": An examination of new non-clinical and non-prison data. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 16(4), pp. 39-57.

Rind, B., Tromovitch, P., Bauserman, R., (1998) A Meta-Analytic Examination of Assumed Properties of Child Sexual Abuse Using College Samples. *Psychological Bulletin* 124(1), pp. 32-53.

Sandfort, T. (1987) *Boys on their Contacts with Men*. Elmhurst, NY: Global Academic Press.

Schlessinger, L. (1999) Evil Among Us. *Dr. Laura Perspective*, June 1999

Scouting (2006) Child Abuse: Let's Talk About It. *Scouting Magazine*. Downloaded from <http://www.scouting.org/pubs/ypts/mags/scouting/01.html> on 10 November 2006.

Spiegel, D (2000) The Price of Abusing Children and Numbers. *Sexuality & Culture*, 4 (2) pp. 63-66.

Tetlock, P., McGraw, A., & Kristel, O. (2003). Proscribed forms of social cognition: Taboo trade-offs, blocked exchanges, forbidden base rates, and heretical counterfactuals. In N.Haslam (Ed.) *Relational models theory: A contemporary overview*. Mahway, NJ: Erlbaum.

Vanggaard, T. (1969) *Phallos*. New York: International Universities Press.

Waber, D., DE Moor, C., Forbes, P., Almli, C., Botteron, K., Leonard, G., Milovan, D., Paus, T., Rumsey, J., (2007) The NIH MRI study of normal brain development. *Journal of the International Neuropsychological Society*, 13, pp. 1-18.

West, D. (1980) Treatment in Theory and Practice. In West, D. (Ed.) *Sex Offenders in the Criminal Justice System*. Cambridge: Institute of Criminology.

Wilson, P. (1981) *The Man they Called a Monster*. North Melbourne, Australia: Cassell.

## EPÍLOGO DEL AUTOR

Mi implicación pública con la temática de este libro se inició con el indignante ataque a la ciencia por parte del Congreso de los Estados Unidos en sus acciones contra el artículo publicado en 1998 en el *Psychological Bulletin* por parte de Bruce Rind, Philip Tromovitch y Robert Bauserman, titulado "A Meta-Analytic Examination of Assumed Properties of Child Sexual Abuse Using College Samples." —Un examen meta-analítico de las supuestas propiedades atribuidas al abuso sexual infantil utilizando muestras universitarias—. En agosto de 1999 se puso en contacto conmigo Bill Taverner, editor del libro *Taking Sides: Clashing Views on Controversial Issues in Human Sexuality* —Adoptando posiciones: Miradas contrapuestas sobre temas controvertidos en sexualidad humana— solicitándome un breve ensayo que repasara y resumiera el artículo de Rind y sus colegas. Yo envié el ensayo tal y como se me había pedido, y en una complicada historia, demasiado larga para ser aquí explicada, el artículo fue aceptado, rechazado, nuevamente aceptado y finalmente rechazado por la editorial por ser demasiado controvertido. Curiosamente, el 2005, se puso de nuevo en contacto conmigo el señor Taverner quien para entonces era el responsable de la novena edición de este libro y que sería publicada en el año 2006.

El rechazo de mi texto en 1999 rápidamente me llevó a explorar otras vías. Muy pronto, en el año 2000, publicaría mi primer libro titulado *Understanding Loved Boys and Boylovers* —Comprendiendo a los muchachos que son amados y a los hombres que aman a los muchachos—. He aquí algunos extractos de la introducción de aquel trabajo ahora agotado:

Es este un libro sobre muchachos y hombres. Específicamente sobre aquellos muchachos y hombres, relacionados o no, que comparten un amor muy especial los unos por los otros. Un amor que puede, además de proporcionar compañía, protección, cuidado, y necesidades materiales, incluir también un componente sexual activo y consentido. Un amor que, siendo que otros términos disponibles han comenzado a ser totalmente corrompidos en su uso actual, ha comenzado a ser conocido como "boylove" —"amor por los muchachos"—.

Este es un libro sobre la verdad y los hechos, un examen racional de un saber ocultado que no obstante los hombres y los muchachos han comprendido desde los comienzos de la humanidad. Este saber ha sido menospreciado y forzosamente silenciado durante décadas o más tiempo, pero está ahora reemergiendo en la conciencia pública como resultado de la información no restringida que circula gracias a Internet. Mientras que antes los hombres que fueron amados siendo niños, así como los hombres que han compartido sus vidas y a sí mismos con uno o más muchachos, estaban casi completamente aislados los unos de los otros, ahora Internet ha hecho posibles amplias discusiones entre todos aquellos que quisieran participar.

Este libro no es un manifiesto ni un conjunto de reivindicaciones; es una llamada a la razón y la comprensión. Si aquellos militantes que despotrican e increpan a los amantes de los muchachos, son capaces de captar la atención pública de vez en cuando con

emotivos llamamientos al odio ciego y la intolerancia, este libro trata por el contrario de llegar a la humanidad inteligente con las armas de la verdad, los hechos, la lógica y el saber. El único requisito para una lectura provechosa de este libro es una mente abierta y curiosa, una mente capaz de comprender el hecho de que las concepciones generales y las percepciones más aceptadas no siempre son las más correctas. Pero aquellos de mente estrecha, aquellos que no desean oír nada sobre los hechos, aquellos cuya intolerancia y prejuicio les impiden cualquier examen racional de un punto de vista impopular, no se beneficiarán de lo que aquí se afirma.

Muchos de mis amigos han expresado su preocupación por la osadía de publicar este libro, señalando las posibles recriminaciones, acosos o incluso peligros físicos que puedo sufrir. Pero yo les he respondido, y lo repito aquí para todo el mundo, sirviéndome de las palabras de Andre Sakharov, "Si no soy yo, entonces ¿quién?" A las que podría añadir, "Si no es ahora, entonces ¿cuándo?"

Excepto por algún pequeño incremento ocasional en las ventas concidiendo con los ataques al libro por parte de radicales mediáticos, *Understanding Loved Boys and Boylovers* se vendió muy modestamente, y cuando la demanda se agotó, se decidió no publicarlo nuevamente. Este volumen está pensado para reemplazar aquel primer libro.

Ninguno de mis libros han sido esfuerzos "solitarios"; muchas personas provenientes de distintas disciplinas y ámbitos me han aconsejado y ayudado en todas mis investigaciones y escritos. Desafortunadamente, en el presente estado de histeria, no me es posible identificarles y agradecerles su apoyo públicamente, pero sus contribuciones no tiene precio y las valoro muchísimo. Quisiera señalar, no obstante, que ni yo ni ninguno de aquellos que han contribuido en mi investigación y escritos son miembros ni están de ningún modo asociados con organizaciones del tipo NAMBLA o IPCE.

Desde mi bautizo de fuego en 1999, he continuado mis investigaciones en este ámbito. Durante un año trabajé con otro investigador y desarrollé una encuesta de "papel y lápiz" cuyos resultados por desgracia no han sido publicados todavía. Tras aquella decepción, empecé a pensar en la posibilidad de Internet como vía para el estudio, para la recolección de datos y desarrollo de investigaciones. Los informes de algunos de esos estudios están recogidos más abajo. Los informes de otros proyectos de investigación desarrollados durante años fueron rechazados por los editores de revistas que, me temo, estaban asustados por la temática planteada y por las obvias implicaciones de los datos presentados.

No soy el primero en levantar la voz en contra de estas groseras injusticias que se están cometiendo contra los muchachos sexualmente curiosos y sus amigos mayores. Quisiera pensar que no soy en ningún caso el último y que otros pueden verse inspirados por este breve volumen para participar en la batalla contra la ignorancia y la histeria. Sólo espero haber aportado algo más a todo aquello que nos proporcionaron aquellos que me precedieron, y que aquellos que continúen en esta empresa después de mí sean capaces de construir algo más sobre esas raíces.

Publicaciones académicas a destacar:

Riegel, D. (2004) Effects on Boy-Attracted Pedosexual Males of Viewing Boy Erotica. *Archives of Sexual Behavior*, 33(4) pp. 321-323. (Editorially reviewed "Letter to the Editor.")

Riegel, D. (2005) Pedophilia, Pejoration, and Prejudice: Inquiry by Insinuation, Argument by Accusation. *Sexuality & Culture*, 9 (1) pp. 88-97. (Editorially reviewed "personal perspective" essay.)

Riegel, D. (2005) "Abused to Abuser": An examination of new non-clinical and non-prison data. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 16(4) pp. 39-57. (Peer reviewed research report)

Riegel, D. (2006) The Real Evil Among Us. In W. Taverner (Ed.) *Taking Sides: Clashing Views on Controversial Issues in Human Sexuality* (Ninth Edition). Guilford CT: McGraw Hill/Dushkin, 205-210. (Textbook, Issue 13: "Is Pedophilia Always Harmful,")

Paperback books, in addition to the now out-of-print *Understanding Loved Boys and Boylovers*:

- *Beyond Hysteria: Boy Erotica on the Internet*. 2004, Philadelphia, SafeHaven Foundation Press.

- *Could they ALL have been WRONG?* 2005, Philadelphia, SafeHaven Foundation Press.

Al igual que este libro, los originales en inglés de estas obras están disponibles en Amazon.com.